

CONQUISTA ESPACIO

EL ENVIADO DE BONGO

Joseph Berna

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

1. — *Planeta rebelde.* Ralph Barby.
2. — Frontera espacial. Law Space.
3. — *Trampa galáctica.* Joseph Berna.
4. — *Cibernauta.* Curtís Garland.
5. — *¡Devorados!*. Ralph Barby.

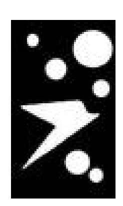
JOSEPH BERNA

EL ENVIADO DE BONGO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 694

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA —BOGOTA —BUENOS AIRES —
CARACAS —MEXICO

ISBN 84 02-02525 0

Depósito legal: B. 35.464-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en España: diciembre. 1983

1.a edición en América: junio, 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A**.

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1984

CAPÍTULO PRIMERO

La Tierra.

Año 2098.

En una playa de Miami, Glynis Malleson tomaba el sol, tumbada en la arena, mientras esperaba a Barry Sinden, un amigo bastante reciente, ya que hacía sólo unos días que se habían conocido.

En aquella misma playa.

Como la mañana era calurosa, la playa estaba más concurrida que de costumbre. La mayoría de las mujeres, llevaban sólo la pieza inferior del bikini.

Y algunas, tomaban el sol sin nada.

Glynis era de las que usaban pantaloncito, pero muy pequeño. Apenas un triángulo de tejido que sólo cubría su pubis y su sexo. Por los lados y por detrás, no cubría prácticamente nada.

Así estaba ella de bronceada, por todas partes.

Un bronceado natural, precioso, tentador...

Como precioso y tentador era el cuerpo de Glynis, maravillosamente formado. Tenía veintidós años, el cabello rojizo, y los ojos verde esmeralda.

Su rostro era tan atractivo como su cuerpo, ya que tenía los pómulos altos, marcados, elegantes, una nariz perfecta, y los labios carnosos y brillantes, sumamente apetecibles.

No era de extrañar, por tanto, que Barry Sinden se hubiese fijado en ella. Muchos hombres se fijaban en Glynis y trataban de hacer amistad con ella, pero casi todos fracasaban.

Glynis era una chica difícil.

No lo había sido, sin embargo, para Barry Sinden.

- es que Barry le gustó desde el primer momento.

Era un tipo alto, fuerte, musculoso, con el pelo muy rubio y los ojos claros. Aparentaba unos treinta años de edad y tenía las facciones viriles.

Un hombre muy interesante, en opinión de Glynis, que además se mostraba atento y respetuoso con ella. No había intentado llegar más allá de los besos y las caricias, en ningún caso demasiado audaces, como si temiera que Glynis se molestara y lo mandase a paseo.

Glynis no hubiera hecho tal cosa, porque Barry le gustaba lo suficiente como para acceder a hacer el amor con él sin reservas de ningún tipo.

- quizás lo hiciesen muy pronto.

Glynis sabía que Barry también lo deseaba, sólo que no quería precipitarse por temor a estropearlo todo.

Aquella mañana, Barry se estaba retrasando mucho.

Habían quedado a las diez, y eran casi las diez y media.

Glynis estaba extrañada.

Barry siempre llegaba antes que ella cuando quedaban citados, era la primera vez que se retrasaba.

¿Se habría quedado dormido...?

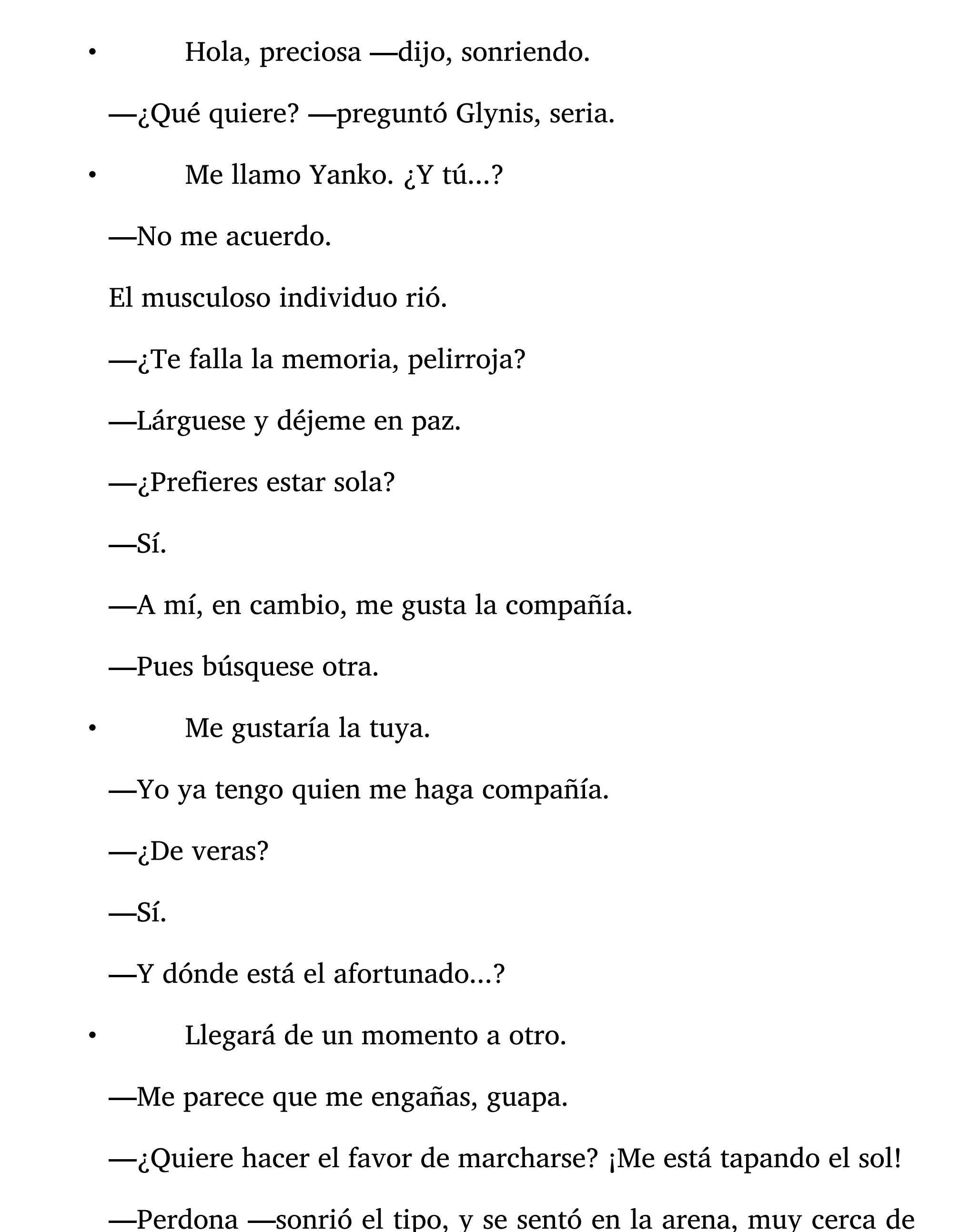
Glynis tomaba el sol boca arriba y tenía los ojos cerrados.

De pronto, notó que una sombra se proyectaba sobre su rostro.

Glynis pensó que era Barry y abrió los ojos al instante.

Se llevó una desilusión, porque no era Barry Sinden, sino un tipo con aspecto de moscón. Era tan alto como Barry y aún más corpulento, ya que tenía unos hombros poderosos, cuello de res, y unos músculos pectorales impresionantes.

También los músculos de sus brazos y los de sus piernas impresionaban lo suyo, hasta el punto de que el tipo parecía un luchador profesional.



Llevaba un escueto bañador brillante, tenía el pelo oscuro, y las facciones rudas.

- Hola, preciosa —dijo, sonriendo.

—¿Qué quiere? —preguntó Glynis, seria.

- Me llamo Yanko. ¿Y tú...?

—No me acuerdo.

El musculoso individuo rió.

—¿Te falla la memoria, pelirroja?

—Lárguese y déjeme en paz.

—¿Prefieres estar sola?

—Sí.

—A mí, en cambio, me gusta la compañía.

—Pues búsquese otra.

- Me gustaría la tuya.

—Yo ya tengo quien me haga compañía.

—¿De veras?

—Sí.

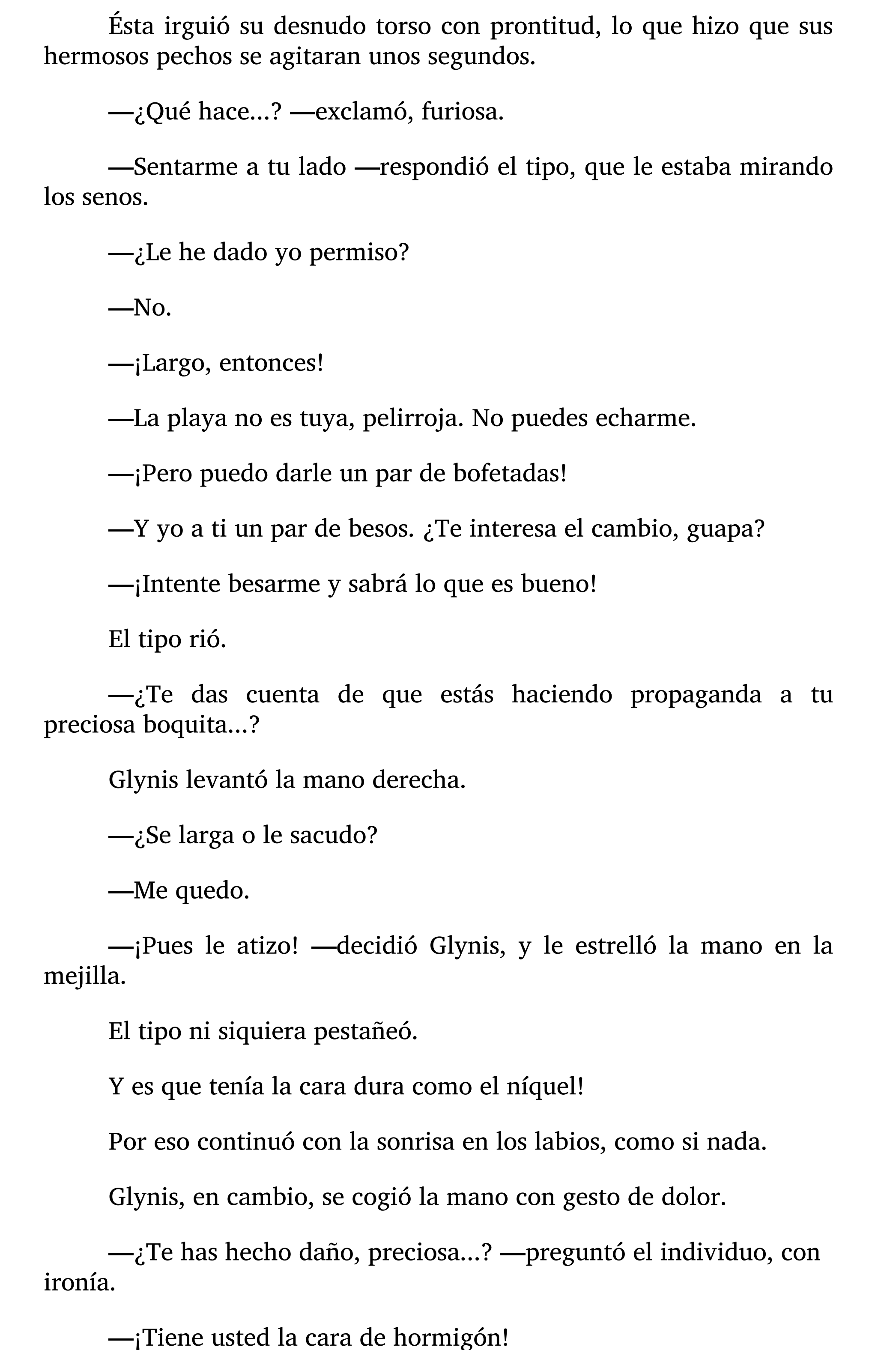
—Y dónde está el afortunado...?

- Llegará de un momento a otro.

—Me parece que me engañas, guapa.

—¿Quiere hacer el favor de marcharse? ¡Me está tapando el sol!

—Perdona —sonrió el tipo, y se sentó en la arena, muy cerca de Glynis.



Ésta irguió su desnudo torso con prontitud, lo que hizo que sus hermosos pechos se agitaran unos segundos.

—¿Qué hace...? —exclamó, furiosa.

—Sentarme a tu lado —respondió el tipo, que le estaba mirando los senos.

—¿Le he dado yo permiso?

—No.

—¡Largo, entonces!

—La playa no es tuya, pelirroja. No puedes echarme.

—¡Pero puedo darle un par de bofetadas!

—Y yo a ti un par de besos. ¿Te interesa el cambio, guapa?

—¡Intente besarme y sabrá lo que es bueno!

El tipo rió.

—¿Te das cuenta de que estás haciendo propaganda a tu preciosa boquita...?

Glynis levantó la mano derecha.

—¿Se larga o le sacudo?

—Me quedo.

—¡Pues le atizo! —decidió Glynis, y le estrelló la mano en la mejilla.

El tipo ni siquiera pestañeó.

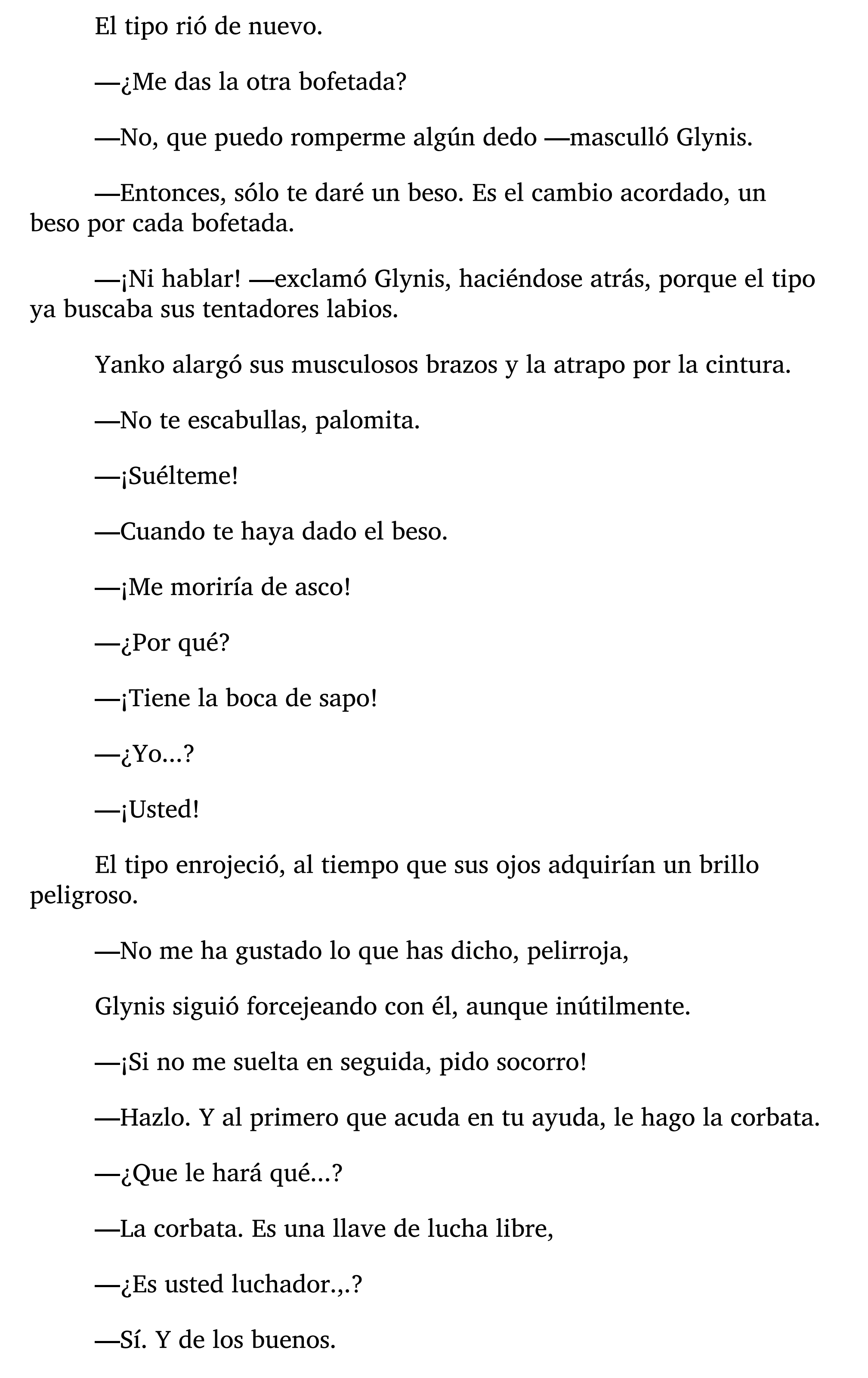
Y es que tenía la cara dura como el níquel!

Por eso continuó con la sonrisa en los labios, como si nada.

Glynis, en cambio, se cogió la mano con gesto de dolor.

—¿Te has hecho daño, preciosa...? —preguntó el individuo, con ironía.

—¡Tiene usted la cara de hormigón!



El tipo rió de nuevo.

—¿Me das la otra bofetada?

—No, que puedo romperme algún dedo —masculló Glynis.

—Entonces, sólo te daré un beso. Es el cambio acordado, un beso por cada bofetada.

—¡Ni hablar! —exclamó Glynis, haciéndose atrás, porque el tipo ya buscaba sus tentadores labios.

Yanko alargó sus musculosos brazos y la atrapo por la cintura.

—No te escabullas, palomita.

—¡Suélteme!

—Cuando te haya dado el beso.

—¡Me moriría de asco!

—¿Por qué?

—¡Tiene la boca de sapo!

—¿Yo...?

—¡Usted!

El tipo enrojeció, al tiempo que sus ojos adquirían un brillo peligroso.

—No me ha gustado lo que has dicho, pelirroja,

Glynis siguió forcejeando con él, aunque inútilmente.

—¡Si no me suelta en seguida, pido socorro!

—Hazlo. Y al primero que acuda en tu ayuda, le hago la corbata.

—¿Que le hará qué...?

—La corbata. Es una llave de lucha libre,

—¿Es usted luchador.,.?

—Sí. Y de los buenos.

—¡De los bestias, querrá decir! Porque con esa cara...

Yanko apretó sus poderosas mandíbulas.

—Cuanto más me insultes, más me divertiré contigo. Y ya sabes lo que pasará si pides socorro.

- Llenará la playa de corbatas.
- Exacto.

—¿No sabe hacer pajaritas?

—¿De papel?

—No, con los cuerpos de sus rivales.

El tipo sonrió levemente, como si se le estuviera pasando el enfado.

—Eso ha tenido gracia, nena.

—Vamos, sea bueno y suélteme, Yanko. Si aparece mi amigo y me ve en sus brazos...

- No quieres que le haga la corbata, ¿eh?

—Naturalmente que no.

—Entonces, dame un beso.

—En la frente.

- No, en los labios.
- Me sentaría mal el desayuno.

El tipo apretó de nuevo las mandíbulas.

—Se acabó mi paciencia, pelirroja. Te voy a besar en la boca, te guste o no, y a toquetearte un poco, porque estás tremenda.

—¡No se atreva! —gritó Glynis, forcejeando de nuevo con el luchador profesional.

No sirvió de nada, claro.

Yanko era demasiado fuerte.

La tumbó de espaldas en la arena y se dispuso a aplastar su boca

contra la de ella.

Por suerte para Glynis, alguien agarró del pelo al luchador profesional y tiró con fuerza, obligándolo a separarse de ella.

CAPÍTULO II

En principio, Glynis Malleson creyó que se trataba de Barry Sinden, que acababa de llegar y se apresuraba a librarla del luchador profesional.

Y temió por él, claro.

Yanko era un enemigo muy peligroso.

Si se empeñaba en hacerle la corbata...

Glynis dejó de temer en seguida por Barry, porque no era él, aunque la verdad es que el tipo que había agarrado a Yanko del pelo tenía un físico muy parecido.

La misma estatura, la misma atlética complexión, el mismo pelo rubio, los mismos ojos claros... Sólo las facciones eran diferentes, aunque no mucho.

Para mayor similitud, el tipo vestía un traje plateado, de una sola pieza, brillante. Y Barry tenía un traje así.

Idéntico.

El apuesto desconocido soltó el pelo del luchador profesional, que cayó de espaldas sobre la arena.

—¡Maldita sea la...! —rugió Yanko, colérico.

—Deja de maldecir y lárgate —ordenó el tipo del traje plateado, serio—. Ya has molestado bastante a la chica.

—Tú eres el amigo al que estaba esperando, ¿no?

—Sí —mintió el tipo, después de cambiar una mirada con Glynis.

Esta, que había incorporado el torso, no dijo nada.

Le tenía muy intrigada la similitud física del desconocido con Barry Sinden, su idéntica forma de vestir, y hasta el mismo acento de su voz, muy particular.

Yanko se puso en pie de un salto y dijo:

—¡Prepárate, rubio! ¡Te voy a hacer la corbata!

—¿Qué es eso?

—¡Una llave muy dolorosa!

—¿Para qué quiero yo una llave? No tengo que abrir ninguna cerradura.

Yanko dio una furiosa patada en la arena.

—¿Con pitorreos a mí...? ¡Ahora verás, rubiales! —ladró, saltando sobre el tipo.

Este realizó un par de raros movimientos con sus brazos, muy veloces, e incrustó las puntas de sus dedos en el musculoso pecho del luchador profesional.

Yanko quedó frenado en seco.

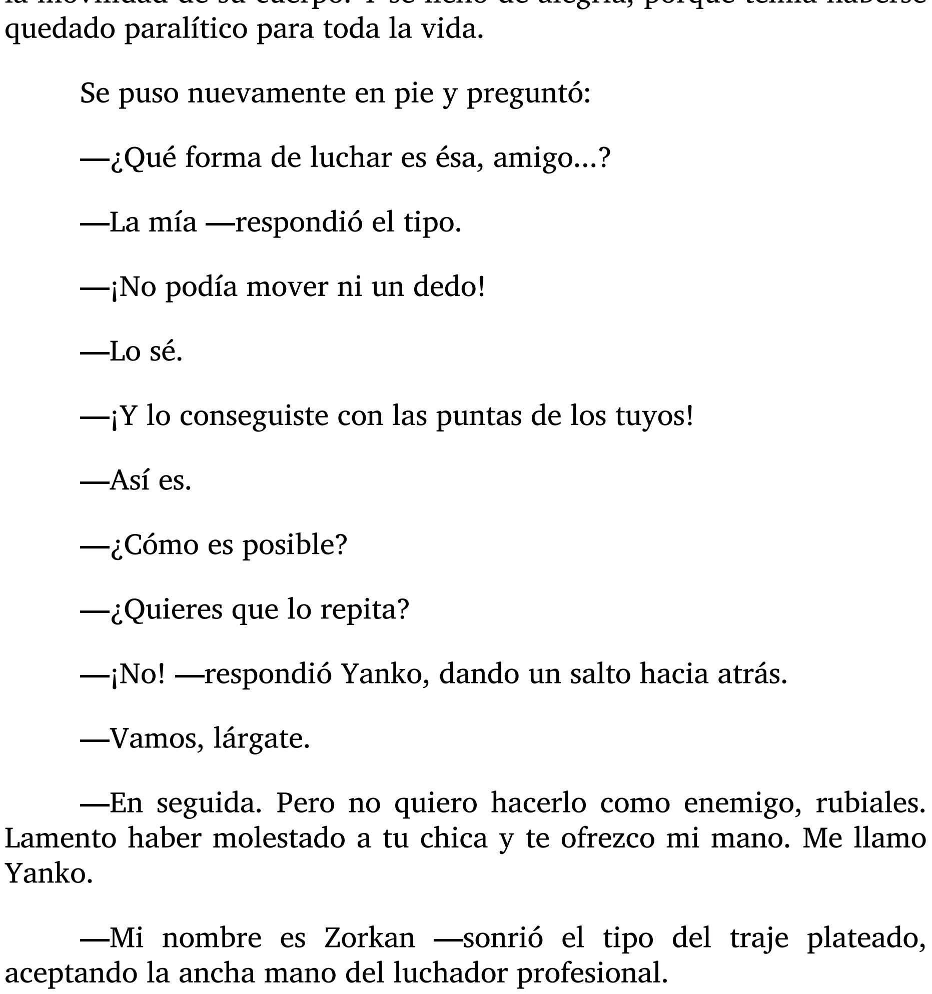
Había sido alcanzado en dos importante centros nerviosos y, aparte de sentir un terrible dolor, se había quedado momentáneamente paralizado.

Tenía la boca abierta, aunque no había emitido el más leve gemido, y sus ojos, dilatados, miraban con sorpresa al hombre que le

había golpeado de aquella forma tan extraña, pero terriblemente efectiva.

El tipo del pelo rubio levantó la mano, se la puso en la cara al luchador, y lo empujó.

Yanko cayó todo de una pieza, ante el asombro de Glynis y los bañistas más próximos, que habían prestado atención a la pelea.



El luchador, sin embargo, tardó sólo unos segundos en recobrar la movilidad de su cuerpo. Y se llenó de alegría, porque temía haberse quedado paralítico para toda la vida.

Se puso nuevamente en pie y preguntó:

—¿Qué forma de luchar es ésa, amigo...?

—La mía —respondió el tipo.

—¡No podía mover ni un dedo!

—Lo sé.

—¡Y lo conseguiste con las puntas de los tuyos!

—Así es.

—¿Cómo es posible?

—¿Quieres que lo repita?

—¡No! —respondió Yanko, dando un salto hacia atrás.

—Vamos, lárgate.

—En seguida. Pero no quiero hacerlo como enemigo, rubiales. Lamento haber molestado a tu chica y te ofrezco mi mano. Me llamo Yanko.

—Mi nombre es Zorkan —sonrió el tipo del traje plateado, aceptando la ancha mano del luchador profesional.

—Tan raro como tu forma de pelear.

—¿Mi nombre?

—Sí, no conozco a nadie que se llame Zorkan.

—Bueno, pues ya conoces a uno.

—¡Tú todavía no me conoces a mí, Zorkan! —aseguró Yanko, girándose con rapidez y tirando del brazo del tipo.

Zorkan, que no esperaba una reacción semejante por parte del luchador profesional, se vio volteado espectacularmente por encima de la cabeza de éste y se estrelló contra la arena.

Glynis dio un grito.

—¡Es usted un sucio. Yanko! —exclamó a continuación, furiosa.

El luchador rió y se arrojó sobre Zorkan, para hacerle una férrea presa en el suelo y dejarlo inmovilizado.

—¡Ahora sí que te hago la corbata, rubiales!

Zorkan no pudo evitar que Yanko cayera sobre él, pero sí que le hiciera la presa, recurriendo de nuevo a las puntas de sus dedos. Se los incrustó en varios puntos de su cuerpo, rígidos como barritas de acero, y el luchador pareció sufrir un ataque de epilepsia.

Se retorció sobre la arena, poniendo cara de retrasado mental.

Pataleó.

Braceó.

Se convulsionó…

De lodo hizo.

Por fin, quedó quieto, jadeante, cubierto de sudor, los ojos entornados, la boca entreabierta…

Estaba hecho polvo.

No tenía fuerzas ni para levantarse.

Zorkan lo agarró nuevamente del pelo y lo obligó a ponerse en pie.

—¡No vuelvas a clavarme tus dedos en el cuerpo, por favor! —suplicó el luchador, aterrado.

—¡Largo de aquí, gusano! —ordenó Zorkan, y le atizó una

patada en el trasero.

Yanko salió despedido, perdió el equilibrio, y cayó nuevamente sobre la arena, entre las risas de los bañistas.

— ¡Desaparece o voy por ti, reptil! —amenazó Zorkan.

El luchador se irguió como pudo y se alejó, dando tumbos, lo que acentuó las risas de los bañistas que le habían visto pelear con el apuesto y sorprendente Zorkan.

* * *

El defensor de Glynis Malleson esperó a que el asustado Yanko se perdiera de vista y entonces miró a la joven.

—No creo que el tipo vuelva a molestarte.

—Gracias a usted, Zorkan. Le ha dado una buena lección, con su extraña forma de pelear. ¡Y eso que el tipo era luchador profesional! —informó Glynis, riendo.

—¿De veras? —sonrió Zorkan.

—Sí, él me lo dijo.

—Pues no le sirvió de mucho.

—¡De nada! —rió de nuevo la muchacha.

—¿Puedo sentarme un momento a tu lado? —preguntó Zorkan.

—Claro.

Zorkan se sentó en la arena.

—¿Cómo te llamas?

—Glynis.

—¿Es cierto que estás esperando a un amigo, Glynis?

—Sí.

—Espero que no se moleste si me ve contigo.

—Se le parece mucho, ¿sabe?

—¿Qué?

—Barry, mi amigo. Viste como usted, tiene el mismo pelo, los mismos ojos, la misma talla... Y hasta diría que la misma voz,

—Qué curioso.

—Sólo la cara cambia un poco.

—Yo soy más feo, ¿verdad?

Glynis se echó a reír.

—Usted es un tipo muy atractivo, Zorkan. Y Barry Sinden también lo es.

—¿Sinden..?

—Ese es su apellido.

—Ya.

—¿Y el suyo, Zorkan...?

—No tengo.

Glynis se quedó mirándolo, sorprendida.

—¿Cómo que no tiene?

—Es la verdad. Me llamo Zorkan a secas.

—¿No conoció a sus padres?

—Claro que los conocí.

—¿Y no le dieron su apellido...?

—No me lo podían dar, porque ellos tampoco tenían.

Glynis parpadeó graciosamente.

—¿Que ellos no...? —murmuró.

— No.

—¿Cómo es posible?

—En Bongo no es costumbre.

Glynis respingó.

—¿Dónde ha dicho?

—En Bongo. Así se llama mi planeta.

Glynis puso unos ojos como platos.

—¿Su qué...?

Zorkan sonrió y explicó:

—Soy un extraterrestre, Glynis.

CAPÍTULO III

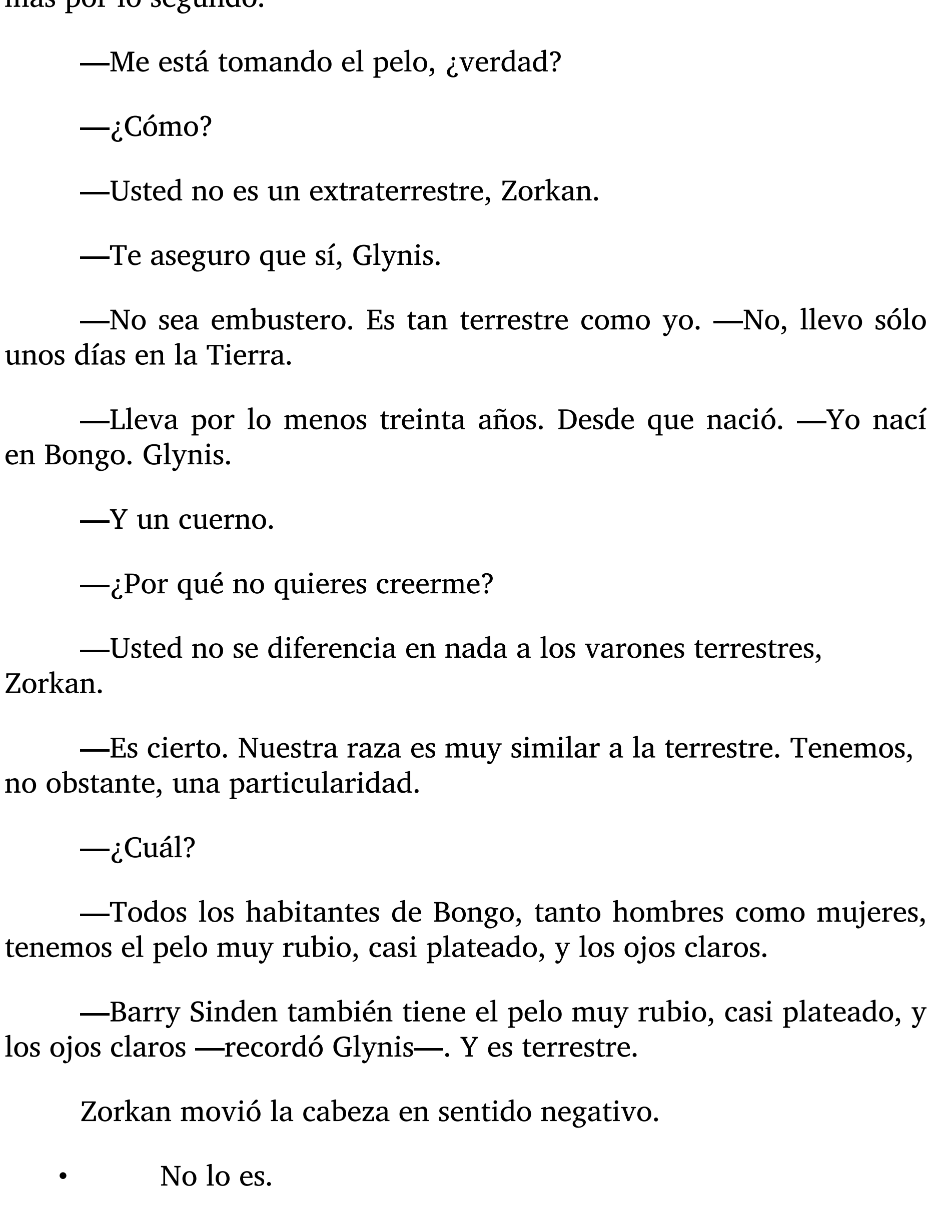
La sorpresa dejó muda a Glynis Malleson.

¡Un extraterrestre!

¡Tenía ante sí a un extraterrestre...!

¡El primero que veía en su vida!

Muy pronto, sin embargo, la duda asaltó a Glynis. ¿Sería Zorkan un extraterrestre auténtico... o simplemente un guasón con ganas de broma?



Su apariencia, totalmente terrestre, hizo que Glynis se inclinara más por lo segundo.

—Me está tomando el pelo, ¿verdad?

—¿Cómo?

—Usted no es un extraterrestre, Zorkan.

—Te aseguro que sí, Glynis.

—No sea embustero. Es tan terrestre como yo. —No, llevo sólo unos días en la Tierra.

—Lleva por lo menos treinta años. Desde que nació. —Yo nací en Bongo. Glynis.

—Y un cuerno.

—¿Por qué no quieres creerme?

—Usted no se diferencia en nada a los varones terrestres, Zorkan.

—Es cierto. Nuestra raza es muy similar a la terrestre. Tenemos, no obstante, una particularidad.

—¿Cuál?

—Todos los habitantes de Bongo, tanto hombres como mujeres, tenemos el pelo muy rubio, casi plateado, y los ojos claros.

—Barry Sinden también tiene el pelo muy rubio, casi plateado, y los ojos claros —recordó Glynis—. Y es terrestre.

Zorkan movió la cabeza en sentido negativo.

- No lo es.

—¿Eh...?

—Nació en Bongo, como yo.

—¡No diga tonterías!

- Es la verdad, Glynis.

—¡Barry Sinden es terrestre!

- No, Glynis. Y no se llama Barry Sinden. Ese nombre es falso.

—¿Falso...?

—Se llama Darko.

—Darko... —repitió quedamente Glynis.

—Sí, ése es su verdadero nombre.

Glynis guardó silencio.

Se hallaba terriblemente confundida.

No quería creer a Zorkan, pero éste hablaba con tanta seguridad y seriedad,, que resultaba difícil pensar que se lo estaba inventando todo para reírse un poco a costa de ella.

Recordaba, además, su forma de pelear, tan extraña como eficaz.

Y el acento de su voz, tan particular como el de Barry...

¿Estaría diciendo la verdad?

¿Serían los dos habitantes de otro mundo?

¿De ese planeta llamado Bongo?

Glynis rompió su silencio:

—Dígame que todo es una broma, Zorkan.

—Te engañaría.

—Es cierto, entonces...

—Sí.

—¿Cómo dijo que se llama realmente Barry?

—Darko.

—¿Y por qué se ha puesto un nombre falso? ¿Por qué no me dijo que no era un habitante de la Tierra? ¿Por qué me ocultó que procedía de un planeta llamado Bongo?

—Tenía sus razones, Glynis.

—¿Qué razones?

—Es un fugitivo.

Glynis respingó.

—¿Fugitivo...?

—Sí, huyó de Bongo en compañía de otros tres hombres, llamados Letno, Asuto y Bolko. Los cuatro habían sido condenados a trabajos forzados, pero consiguieron evadirse, se apoderaron de una nave, y abandonaron el planeta. Vinieron aquí, a la Tierra, pensando que en este planeta estarían a salvo. Pero se equivocaron. Nadie puede escapar a la justicia de Bongo. Ellos cometieron un delito y tienen que pagarlo, con la pérdida de su libertad... o con la muerte.

Glynis se estremeció perceptiblemente.

—¿Qué delito cometieron?

— Robaron y asesinaron.

—Dios mío... ¿Darko también. .?

—Sí, los cuatro.

—Me resulta difícil admitir que Barry, digo Darko pudiera...

—¿Se ha portado bien contigo?

—Sí, muy bien.

—¿Dónde lo conociste?

—Aquí, en esta playa. Se me acercó, me habló respetuosamente, a mí me cayó bien, y acepté su compañía. Nada puedo reprocharle. Ha sido muy amable muy cortés conmigo.

— Esta mañana no vendrá, Glynis.

—¿Cómo lo sabe?

—Debió verme, vigilándote, y huyó.

Glynis agrandó sus preciosos ojos verdes.

—¿Me estaba usted vigilando, Zorkan...?

—Sí.

—¿Por qué?

—Sabía que Darko se reuniría contigo esta mañana. —¿Y si lo hubiera hecho...?

—Le habría atrapado.

—6Vivo?

—Esa es mi intención, capturarlos a los cuatro con vida y llevarlos a Bongo, para que cumplan su condena. Pero, obviamente, ellos opondrán toda la resistencia posible. Saben lo que les espera en Bongo y no querrán regresar. Lucharán por su libertad. Y si no puedo atraparlos vivos, tendré que matarlos. He sido enviado a la Tierra con la misión de capturarlos, si me es posible, o acabar con ellos.

—¿Qué es usted, Zorkan? ¿Un policía...?

—Algo así —sonrió el habitante de Bongo.

—¿Y ha venido solo a la Tierra...?

—Sí, no me acompaña nadie en la misión.

— Debe ser usted un policía muy bueno, entonces.

—Hasta ahora, no he fracasado en ninguna misión. A veces me he visto en dificultades, pero las he podido superar.

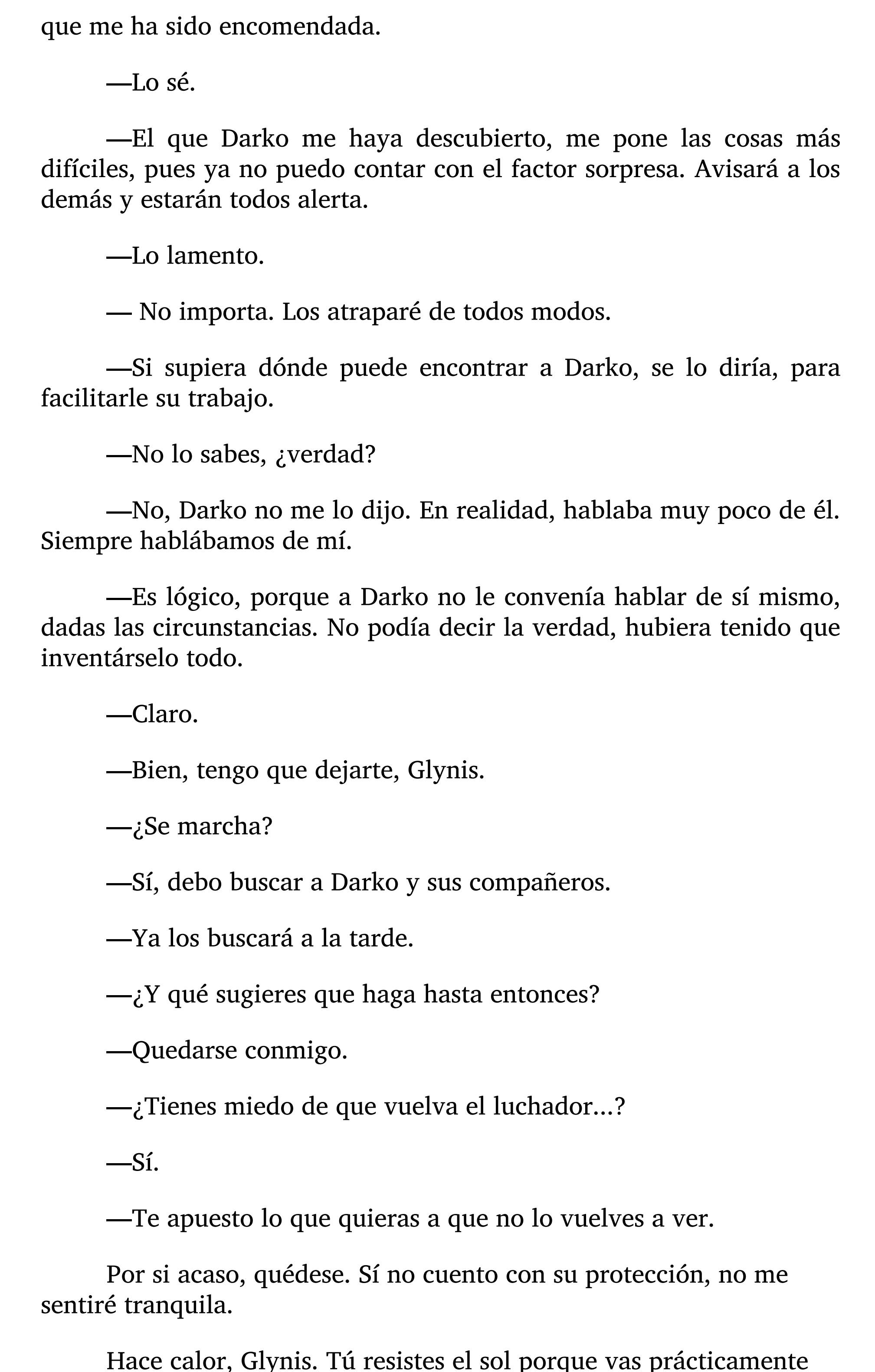
Glynis se entristeció.

—Me duele lo de Darko, Zorkan. A los otros tres, como no los conozco, me da igual, pero él...

—Le has tomado cariño, ¿eh?

—Sí.

—Lo siento de veras, Glynis, pero tengo que cumplir la misión



que me ha sido encomendada.

—Lo sé.

—El que Darko me haya descubierto, me pone las cosas más difíciles, pues ya no puedo contar con el factor sorpresa. Avisará a los demás y estarán todos alerta.

—Lo lamento.

— No importa. Los atraparé de todos modos.

—Si supiera dónde puede encontrar a Darko, se lo diría, para facilitarle su trabajo.

—No lo sabes, ¿verdad?

—No, Darko no me lo dijo. En realidad, hablaba muy poco de él. Siempre hablábamos de mí.

—Es lógico, porque a Darko no le convenía hablar de sí mismo, dadas las circunstancias. No podía decir la verdad, hubiera tenido que inventárselo todo.

—Claro.

—Bien, tengo que dejarte, Glynis.

—¿Se marcha?

—Sí, debo buscar a Darko y sus compañeros.

—Ya los buscará a la tarde.

—¿Y qué sugieres que haga hasta entonces?

—Quedarse conmigo.

—¿Tienes miedo de que vuelva el luchador...?

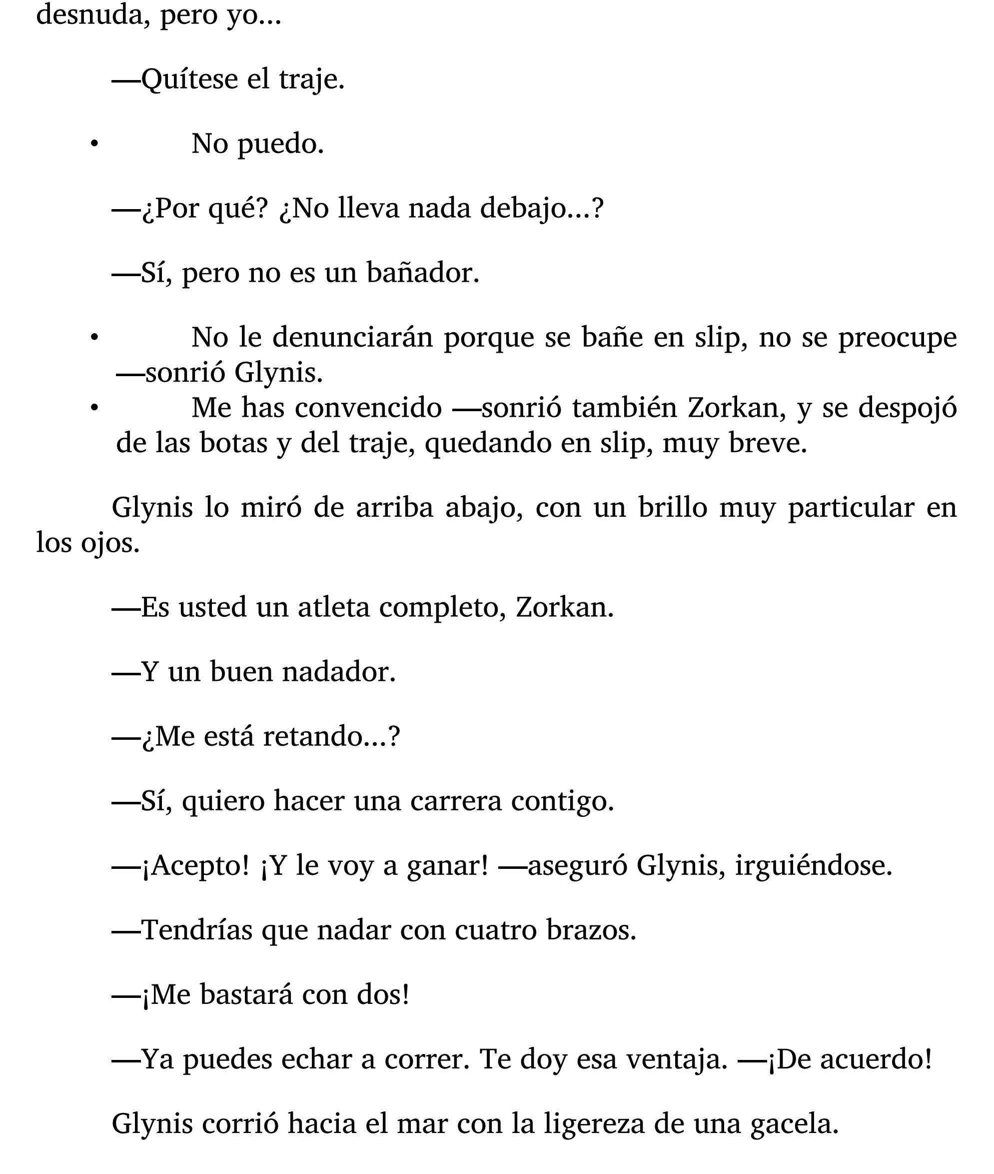
—Sí.

—Te apuesto lo que quieras a que no lo vuelves a ver.

Por si acaso, quédese. Sí no cuento con su protección, no me sentiré tranquila.

Hace calor, Glynis. Tú resistes el sol porque vas prácticamente

desnuda, pero yo...



—Quítese el traje.

- No puedo.

—¿Por qué? ¿No lleva nada debajo...?

—Sí, pero no es un bañador.

- No le denunciarán porque se bañe en slip, no se preocupe —sonrió Glynis.
- Me has convencido —sonrió también Zorkan, y se despojó de las botas y del traje, quedando en slip, muy breve.

Glynis lo miró de arriba abajo, con un brillo muy particular en los ojos.

—Es usted un atleta completo, Zorkan.

—Y un buen nadador.

—¿Me está retando...?

—Sí, quiero hacer una carrera contigo.

—¡Acepto! ¡Y le voy a ganar! —aseguró Glynis, irguiéndose.

—Tendrías que nadar con cuatro brazos.

—¡Me bastará con dos!

—Ya puedes echar a correr. Te doy esa ventaja. —¡De acuerdo!

Glynis corrió hacia el mar con la ligereza de una gacela.

Zorkan esperó a que se adentrara en él y luego se lanzó tras ella, seguro de alcanzarla en sólo unos minutos.

CAPÍTULO IV

Darko, efectivamente, había descubierto a Zorkan.

Lo vio vigilando a Glynis y ello le impidió acercarse a la muchacha, a la vez que le obligó a ocultarse bien, para no ser detectado por Zorkan.

Pero Darko no había abandonado la playa.

Quería saber si Zorkan se aproximaba a Glynis, en vista de que él no aparecía, y le hacía preguntas.

Darko, desde su lugar de observación, había presenciado el incidente de Glynis con el luchador profesional. Sufrió mucho en esos momentos, porque le hubiera gustado salir en defensa de la muchacha y darle un escarmiento al tipo, pero no pudo hacerlo, ya que Zorkan le habría descubierto inmediatamente.

Por fortuna, fue el propio Zorkan quien acudió en ayuda de Glynis y la libró del tipo, para satisfacción de Darko, que en esos momentos sintió simpatía hacia el enviado de Bongo.

Y eso que sabía que había venido por él y por los otros tres fugitivos. A darles caza en la Tierra, vivos... o muertos.

A pesar de todo, Darko se alegró de que Zorkan hubiera sacado de apuros a Glynis. Lo había visto hablar con ella, y por los gestos de la muchacha, Darko adivinó que Zorkan le estaba diciendo quién era y por qué había venido a la Tierra.

Esto último disgustó a Darko.

Le molestaba que Glynis supiera que él era un fugitivo.

Que había robado.

Que había matado.

Y que había sido condenado a trabajos forzados.

Sabía que Glynis le había tomado afecto, que él le gustaba, que le complacían sus besos y sus caricias. Y como todo ello era recíproco, a Darko le dolía que Glynis supiese lo que él había hecho en Bongo, junto con Letno, Asuto y Bolko.

Ahora, la muchacha ya no debía sentir el menor afecto por él.

No volvería a disfrutar de su compañía.

Todo había acabado entre ellos.

Darko vio que Zorkan se despojaba de las botas y del traje, que Glynis se levantaba, con gesto alegre, y echaba a correr hacia el mar, seguida, a los pocos segundos, por el enviado de Bongo.

Ahora, Darko ya no sentía ninguna simpatía por Zorkan.

Lo que sentía, eran celos, porque resultaba evidente que Zorkan le había caído muy bien a Glynis. Y esos celos se transformaron en odio hacia el enviado de Bongo.

Darko no quiso permanecer un solo minuto más en la playa.

Y a había visto bastante.

Ahora, lo que debía hacer, era avisar a Letno, Asuto y Bolko.

Tenían que saber que un miembro de la policía especial de Bongo había llegado a la Tierra, en su busca.

Y, entre los cuatro, estudiarían la manera de eliminarlo.

Mientras no acabasen con Zorkan, no podrían sentirse tranquilos.

* * *

Zorkan braceaba vigorosamente.

Glynis hacía lo propio, pero, aunque era una excelente nadadora, la superior potencia física del enviado de Bongo se impuso y éste le dio alcance.

Zorkan la agarró de un pie.

—¡Te alcancé, Glynis!

La muchacha no pudo seguir nadando, claro.

—¡Es usted un delfín, Zorkan!

—Te dije que no podrías vencerme.

—Darko no nada tan rápido como usted.

—¿A él sí le vendas?

—Sí.

—¿No sería que se dejaba ganar...?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Para tenerte contenta.

—Usted me ha ganado y no estoy llorando.

—Es cierto —rió Zorkan.

Glynis rió también.

Se mantenían los dos a flote, bastante alejados de la playa.

De pronto, Zorkan preguntó:

—¿No había premio en la carrera, Glynis?

— No, que yo recuerde.

—Qué lástima.

—¿Qué le hubiera gustado ganar, Zorkan?

— Un beso.

—¿Mío?

—Claro, no iba a ser del luchador profesional.

Glynis rompió a reír.

—¡Eso ha tenido gracia!

Zorkan se le acercó y le pasó un brazo por la cintura.

—¿Me lo das, Glynis?

—Bueno.

Glynis le besó.

Cuando ya iba a retirar su boca, Zorkan presionó con la suya y prolongó el beso. Al mismo tiempo, empezó a acariciarle los pechos, muy hábilmente.

Glynis no protestó.

Antes de besar a Zorkan, ya sabía que él la acariciaría.

Hubiera sido un tonto, de no intentarlo.

Esta vez, Glynis no hizo nada por interrumpir el beso.

Ya lo haría Zorkan, cuando se cansara de saborear sus labios.

Zorkan no se cansó, pero se tomó un respiro y se lo concedió también a Glynis, a la que mantuvo prácticamente pegada a él.

—¿Siempre besa usted así, Zorkan...? —preguntó ella, jadeante.

—Poco más o menos.

—¿Y cuántas mujeres han muerto en sus brazos, por falta de respiración?

Zorkan rió.

- Ninguna, que yo recuerde.
- Pues yo ya no podía más.
- —Habérmelo dicho.

—¿Cómo, si tenía la boca sellada?

—Es verdad —rió de nuevo Zorkan.

—Será mejor que regresemos a la playa.

—¿Por qué?

—Le estoy tomando miedo, Zorkan.

—¿Por mi forma de besar?

—Y de acariciar.

—¿No te gusta?

—Si no me gustara, no le tendría ningún miedo. Zorkan rió una vez más.

—Eres una chica muy sincera, Glynis.

—Y usted un tipo bastante atrevido,

—¿Más que Darko?

—Mucho más.

—No me extraña que se fijara en ti, ¿sabes?

—¿Por qué lo dice?

—Eres muy hermosa, Glynis.

—Gracias.

—Anda, volvamos a la playa.

—¿Tan pronto?

—Como dices que me tienes miedo...

—Se lo tengo, pero soy una chica valiente —respondió Glynis,


con picara sonrisa, y volvió a besar al enviado de Bongo.

CAPÍTULO V

Darko posó su vehículo volador frente a la casa en donde se hallaban instalados él, Letno, Asuto y Bolko.

Era una casa grande, moderna, ubicada a unos veinte kilómetros de la ciudad, en una zona solitaria. Un lugar ideal para los cuatro fugitivos de Bongo.

Por eso habían alquilado aquella casa.

Darko paró el motor de su vehículo y saltó al suelo.

En la puerta de la casa, apareció Letno.

Era de estatura similar a la de Darko, pero, en cambio, era de constitución más delgada, aunque en absoluto débil, ya que se trataba de un tipo fuerte y resistente.

Tenía, como todos los habitantes de Bongo, el pelo muy rubio y los ojos claros. Sus facciones, sin embargo, eran bastante menos agradables que las de Darko o Zorkan.

Letno llevaba la maldad escrita en su rostro.

En sus ojos, más concretamente.

Miraban de un modo acerado, peligroso, asesino.

Era, sin ningún género de dudas, el peor elemento de los cuatro que lograron evadirse de Bongo y llegar a la Tierra, con la esperanza de no ser encontrado: jamás.

Letno, sorprendido por lo pronto que había regresado Darko de su cita con Glynis Malleson, preguntó

—¿Qué ha pasado, Darko? ¿Te ha dado plantón la chica...?

— No—gruñó Darko.

Hablaban en su lengua, la de Bongo, como siempre que conversaban sin ningún terrestre cerca. La lengua terrestre la dominaban tan bien como la suya, aunque no podían evitar un cierto acento extranjero, muy particular.

Acento que Glynis había captado en las voces de Darko, cuando ella creía que se llamaba Barry Sinden, y de Zorkan, tan parecidas la una a la otra.

Asuto y Bolko salieron también de la casa, igualmente extrañados por el rápido regreso de Darko, Los dos tenían una estatura inferior a la de Darko y Letno, pero, en cambio, eran más fornidos.

Especialmente, Bolko.

Tenía un pechazo impresionante.

—¿Cómo has vuelto tan pronto, Darko? —preguntó Asuto.

—¿Te has peleado con la pelirroja? —inquirió Bolko.

Darko, que caminaba ya hacia la casa, se detuvo y los miró a los tres.

—Sabéis quién es Zorkan, ¿verdad?

Letno, Asuto y Bolko se estremecieron visiblemente al oír pronunciar el nombre de uno de los más eficaces policías especiales de Bongo, el más temido de todos por aquellos que tenían alguna cuenta pendiente con la justicia.

—¿Por qué mencionas a Zorkan? —preguntó Letno.

—Está en la Tierra.

Asuto y Bolko respingaron a dúo.

—¿En la Tierra...? —exclamó el primero.

- En Miami —siguió informando Darko.

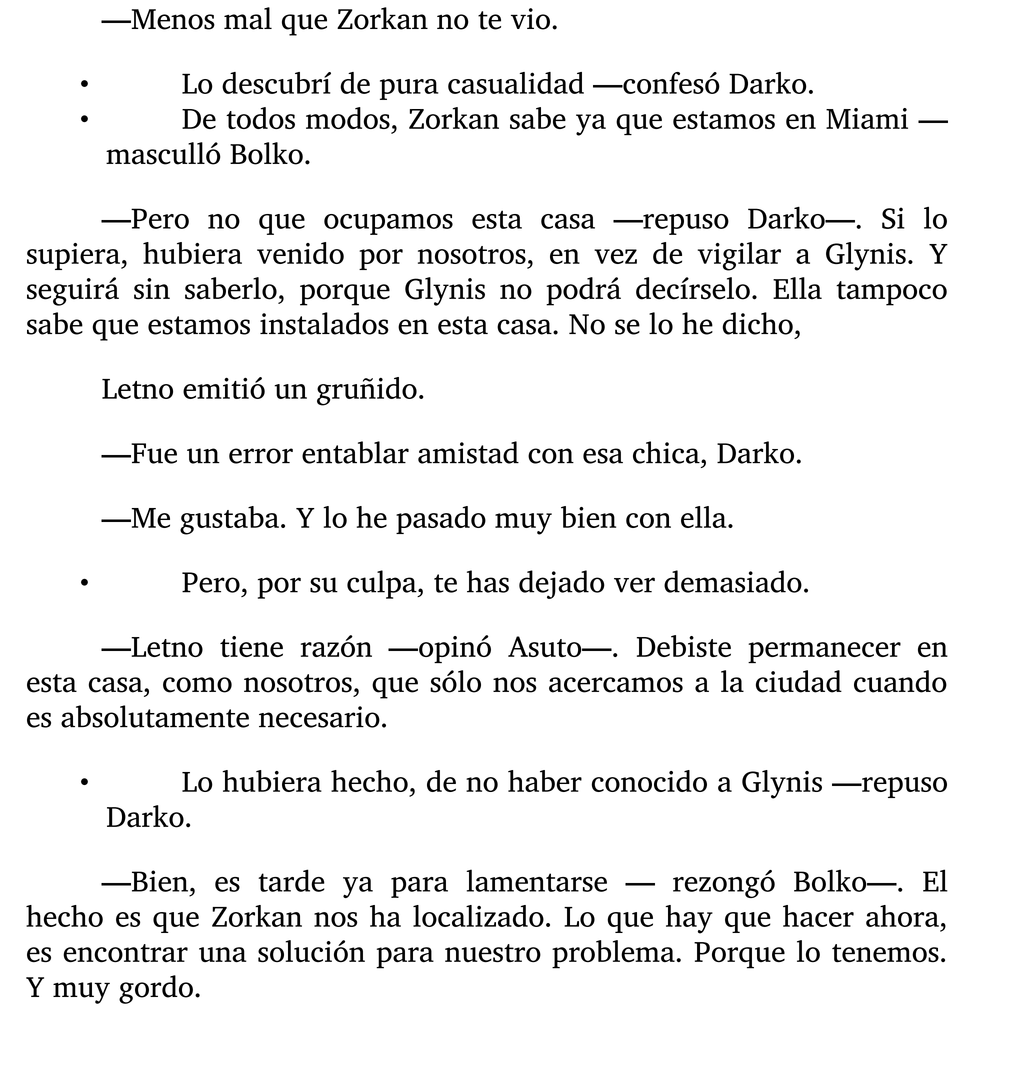
—¿Cómo lo sabes? —preguntó Bolko.

—Lo he visto.

—Cuenta, Darko—pidió Letno.

Darko refirió a sus compañeros lo sucedido en .la playa.

Cuando acabó, Asuto lanzó un suspiro de alivio.



—Menos mal que Zorkan no te vio.

- Lo descubrí de pura casualidad —confesó Darko.
- De todos modos, Zorkan sabe ya que estamos en Miami —masculló Bolko.

—Pero no que ocupamos esta casa —repuso Darko—. Si lo supiera, hubiera venido por nosotros, en vez de vigilar a Glynis. Y seguirá sin saberlo, porque Glynis no podrá decírselo. Ella tampoco sabe que estamos instalados en esta casa. No se lo he dicho,

Letno emitió un gruñido.

—Fue un error entablar amistad con esa chica, Darko.

—Me gustaba. Y lo he pasado muy bien con ella.

- Pero, por su culpa, te has dejado ver demasiado.

—Letno tiene razón —opinó Asuto—. Debiste permanecer en esta casa, como nosotros, que sólo nos acercamos a la ciudad cuando es absolutamente necesario.

- Lo hubiera hecho, de no haber conocido a Glynis —repuso Darko.

—Bien, es tarde ya para lamentarse — rezongó Bolko—. El hecho es que Zorkan nos ha localizado. Lo que hay que hacer ahora, es encontrar una solución para nuestro problema. Porque lo tenemos. Y muy gordo.

—¿Qué sugieres, Letno? —preguntó Asuto—. ¿Largarnos a otra región del planeta? ¿Huir de la Tierra ¿O hacer frente a ese peligroso policía especial

Letno meditó la respuesta.

Antes de que la diera, Darko dijo:

—Yo voto por lo último.

—¿Enfrentarnos a Zorkan? —preguntó Bolko.

—Sí, creo que es lo mejor. Largarnos a otra región, del planeta, no serviría de nada, porque Zorkan volvería a encontrarnos. Y lo mismo sucedería si abandonásemos la Tierra. Tardaría más o menos, pero finalmente daría con nosotros. Y no viviríamos tranquilos, pensando que Zorkan puede aparecer en cualquier momento. Tenemos que acabar con él.

Asuto volvió a mirar a Letno.

—¿Qué dices tú?

- Pienso que Darko tiene razón —respondió Letno—. No podríamos sentimos seguros en ninguna par te, sabiendo que Zorkan nos sigue la pista. Tenemos que eliminarlo.
- Es un enemigo difícil, Letno —recordó Bolko

—Cierto. Pero nosotros somos cuatro. Y Zorkan siempre realiza las misiones solo. Estudiaremos la manera de sorprenderle. Podemos lograrlo, estoy seguro.

—Yo también —dijo Darko,

- Entremos en la casa —indicó Letno—. Hay que empezar a idear un plan.

—Alguien debe vigilar, Letno —sugirió Darko—. No creo que Zorkan aparezca por aquí, pero debemos estar prevenidos, por si acaso.

—Estoy de acuerdo. Coge un fusil y vigila tú, Bolko.

—Bien.

Entraron los cuatro en la casa, pero Bolko salía de ella apenas un minuto después, empuñando un fusil de rayos láser. Si el enviado de

Bongo aparecía, lo recibiría con él.

* * *

Zorkan y Glynis se habían vestido ya y se disponían a abandonar la playa. Glynis había acudido a su cita con el falso Barry Sinden en un helitaxi, porque no disponía de helimóvil propio.

Zorkan, en cambio, había acudido a la playa en un moderno vehículo volador, y se ofreció para acompañar a Glynis a su casa.

Caminaban ya los dos hacia donde se hallaba posado el vehículo, cogidos de la mano, cuando apareció Yanko, el luchador profesional, que los estaba esperando oculto detrás de un helimóvil.

El tipo se había vestido ya, pero en su rudo rostro se apreciaban todavía las huellas del sufrimiento ocasionado por los extraños pero precisos golpes de Zorkan.

Este y Glynis se detuvieron al ver surgir al luchador.

—¿Todavía no tienes bastante, Yanko...? —preguntó el enviado de Bongo, preparando las puntas de sus dedos.

El luchador se estremeció, sólo de ver que Zorkan se preparaba para atacarle.

—¡Tranquilo, rubiales! ¡Esta vez no busco pelea!

—¿Qué buscas, entonces?

—Sólo quiero disculparme, Zorkan.

—Eso mismo dijiste antes, pero cuando acepté tu mano...

El luchador bajó la mirada.

—Me siento avergonzado, Zorkan. Quería sacarme la espina y recurrí a esa sucia treta. Pensé que así podría hacerte la corbata, pero fracasé de nuevo. A ti no se te puede hacer la corbata, ni el tirabuzón, ni el candado, ni nada. Eres demasiado hábil.

El extraterrestre no pudo reprimir una sonrisa,

—¿De veras estás arrepentido, Yanko?

—Sí, mucho. Quisiera ser tu amigo, Zorkan. Y esta vez, de verdad.

—De acuerdo, aquí está mi mano.

El luchador se acercó, sonriente.

—No te fíes, Zorkan —aconsejó Glynis, al oído del extraterrestre.

—Descuida.

Yanko le estrechó la mano.

—Gracias por aceptar mis disculpas, Zorkan.

—Como intentes sorprenderme de nuevo, lo lamentarás, te lo advierto.

El luchador sacudió la cabeza.

—Se acabaron los trucos, Zorkan. Entre otras cosas, porque contigo no sirven.

—Cierto.

—¿Me enseñarás a luchar como lo haces tú, Zorkan?

—Me temo que no dispondré de tiempo, Yanko.

—¿Estás muy ocupado?

—Bastante.

—Qué lástima Si yo aprendiera tu técnica y la empleara en mis combates, los ganada todos con facilidad.

—Seguro.

—Mira, por si acaso encuentras un hueco, te daré mi tarjeta. Aquí está también la dirección del gimnasio donde me entreno. Si tienes un rato, pásate por allí. Te lo agradeceré muchísimo, Zorkan.

—Haré lo posible, aunque no te prometo nada.

—Gracias.

El luchador se despidió de Zorkan y Glynis, y se alejó, sin haber intentado sorprender al extraterrestre.

CAPÍTULO VI

Zorkan y Glynis habían subido ya al moderno vehículo volador.

El habitante de Bongo puso el motor en marcha y el aparato se elevó inmediatamente.

Antes de despegar, Zorkan se había colocado un cinto, del que pendía una extraña pistola de rayos. No había querido exhibirse con ella por la playa, porque era un arma que llamaba la atención.

Glynis, después de observar atentamente el arma, dijo:

—Tu herramienta de trabajo, ¿eh, Zorkan?

—Entre otras —sonrió el policía de Bongo.

—Tiene pinta de ser un arma muy peligrosa.

—Y lo es.

—¿Tanto como tú, con las mujeres?

— Más.

Rieron los dos.

Zorkan siguió pilotando expertamente el vehículo volador.

Glynis, que vestía unos breves «shorts» dorados, muy brillantes, y una miniblusa azul, con flecos, le fue haciendo indicaciones a Zorkan, y así llegaron hasta e edificio de apartamentos en donde vivía ella.

Un edificio altísimo, en cuya azotea posó Zorkan si vehículo, junto a los helimóviles que permanecían quietos en ella.

En la azotea de un edificio próximo, se hallaba posado el vehículo volador de Darko, en el que, además de éste, se encontraba Asuto. Hacía sólo unos minutos que habían llegado.

Desde allí, divisaban perfectamente la azotea del edificio en donde vivía Glynis. Darko adivinó que Zorkan acompañaría a Glynis a su casa, cuando abandonasen la playa, y pensó que la azotea sería un buen lugar para acabar con el policía de Bongo.

Letno estuvo de acuerdo y autorizó a Darko a que lo intentara, acompañado de Asuto. Pero sólo si veían claro que podían sorprender a Zorkan, sin riesgo para ellos. Si el intento ofrecía dificultades, era mejor dejarlo para otra ocasión más favorable, ya que la réplica del enviado de Bongo podía resultar muy peligrosa.

Con alguien como Zorkan, no se podía jugar.

Había que ir a lo seguro.

Darko y Asuto vieron posarse el vehículo volador de Zorkan.

—¡Ahí lo tenemos, Darko! —exclamó Asuto.

- No nos ha hecho esperar mucho.

—¿Le disparamos?

—Todavía no.

- ¡Desde aquí podemos hacer estallar su vehículo volador, con nuestros fusiles!

—Lo sé.

—¿Por qué no le disparamos, entonces? ¡Zorkan saltana en


pedazos!

- Y Glynis con él.

—¿A quién le importa eso?

—A mí.

Asuto rezongó una maldición.

—¡No te entiendo, Darko!

—Siento afecto por la chica, ya lo sabes.

—¡Pero ella ya sabe quién eres! ¡Y lo que eres!

- No importa. No quiero que Glynis muera, aunque ella ya no desee saber nada de mí.
- ¡Letno dijo que,..!

—Acabaremos con Zorkan, no te preocupes. Sólo tenemos que esperar a que Glynis descienda del vehículo y se aleje de él. Entonces, dispararemos sobre el aparato.

—¿Y si salen juntos...?

—Si Zorkan desciende también, será porque Glynis le habrá pedido que la acompañe a su apartamento.

En ese caso, esperaremos pacientemente a que Zorkan vuelva a subir a la azotea. Lo hará solo. Y cuando se introduzca en su vehículo volador...

Asuto maldijo de nuevo entre dientes.

—Me fastidia tener que esperar, Darko. Especialmente, cuando no hay necesidad de ello. Eso de tener a tiro a Zorkan y no poder dispararle...

—Quizá sólo sea cuestión de segundos, Asuto. Si Glynis desciende sola del vehículo...

Guardaron los dos silencio.

Tenían los fusiles preparados.

Sin embargo, pasaban los segundos y nadie salía del aparato.

Asuto, con los nervios a flor de piel, mascullό:

—¿Qué diablos ocurre? ¿Por qué no desciende ninguno de los dos?

—Deben de estar hablando.

- O besándose.

Darko lo miró severamente.

- No vuelvas a decir eso, Asuto.

—Te molesta que Zorkan lo pase bien con tu pelirroja. ¿eh?

—Sí, mucho.

—Está bien, olvídalo.

Guardaron silencio de nuevo.

De pronto, Glynis descendió del vehículo volador.

La tensión de Darko y Asuto se acentuó, porque parecía que Zorkan no iba a salir del aparato.

Pero se equivocaron, porque el policía de Bongo descendió también.

—¡Maldita sea! —barbotó Asuto.

—Tranquilo, muchacho—rogó Darko.

Vieron que Zorkan cogía de la mano a Glynis, y echaban a andar los dos hacia el ascensor, para bajar al apartamento de ella.

A Darko no le gustó, claro; pero se resignó.

Asuto, no.

Su tensión era muy grande y no pudo resistir la tentación de disparar sobre el policía de Bongo, sin pensar que, debido a la distancia que separaba una azotea de otra, podía fallar.

O Alcanzar a Glynis y causarle una muerte instantánea.

Asuto sólo pensaba en acabar con Zorkan.

Y lo intentó.

Darko, pendiente de Zorkan y Glynis, no vio que Asuto accionaba el disparador de su fusil, pero si vio que el rayo láser que vomitó el arma, cruzando veloz de una azotea a otra.

— ¡Maldito loco! —rugió, abalanzándose sobre su compañero, para impedir que volviera a disparar.

Por suerte, Asuto había errado el disparo, aunque la verdad es que el rayo láser pasó muy cerca de Zorkan, pero sin llegar a rozarle. El rayo chocó contra un helimóvil. posado algunos metros más allá, y lo destruyó.

Zorkan adivinó al instante que aquello era un ataque hacia su persona y reaccionó con la celeridad que caracterizaba a los miembros de la policía especial de Bongo.

—¡Al suelo. Glynis! —gritó, empujando a la muchacha.

La hizo caer y él cayó también.

Zorkan extrajo velozmente su pistola de rayos, pero, por el momento, no supo contra quién tenía que disparar, porque no veía a sus atacantes.

Si Asuto hubiera disparado de nuevo, el policía habría visto salir el rayo láser de la azotea del edificio de enfrente y hubiera sabido dónde se hallaban sus enemigos.

Pero Asuto, bien sujeto por Darko, no podía accionar de nuevo su fusil.

—¡Suéltame, Darko!

—¡Has podido matar a Glynis, pedazo de estúpido!

—¡Apunté a Zorkan!

—¡Pero has fallado! ¡Y con tu acción has echado por tierra el plan, porque ahora Zorkan ya está alertado y no se dejará sorprender!

—¡Déjame disparar de nuevo y verás!

—¡Lo que tenemos que hacer, es largarnos cuanto antes! ¡Zorkan también nos puede disparar a nosotros, y estoy seguro de que tiene mejor puntería que tú!

Asuto bufó de rabia.

—¡De acuerdo, larguémonos! ¡Ya acabaremos con ese maldito policía la próxima vez!

Darko puso el motor en marcha, accionó el mando de despegue, y el aparato volador se elevó, disparándose inmediatamente en dirección opuesta al edificio en cuya azotea se hallaban Zorkan y Glynis, todavía pegados al suelo, junto a un helimóvil que les servía de protección.

* * *

El enviado de Bongo descubrió el vehículo volador de Darko, partiendo como una exhalación de la azotea del edificio de enfrente, lo que le reveló de dónde había surgido el rayo láser que estuvo a punto de alcanzarle.

Glynis vio también el aparato, alejándose como una centella.

—¡Es el vehículo volador de Barry! —exclamó—. ¡Digo, de Darko! —tuvo que rectificar.

—¡Lo sé! —respondió el policía, irguiéndose de un salto.

—¡El te disparó, Zorkan!

—¡Voy tras él!

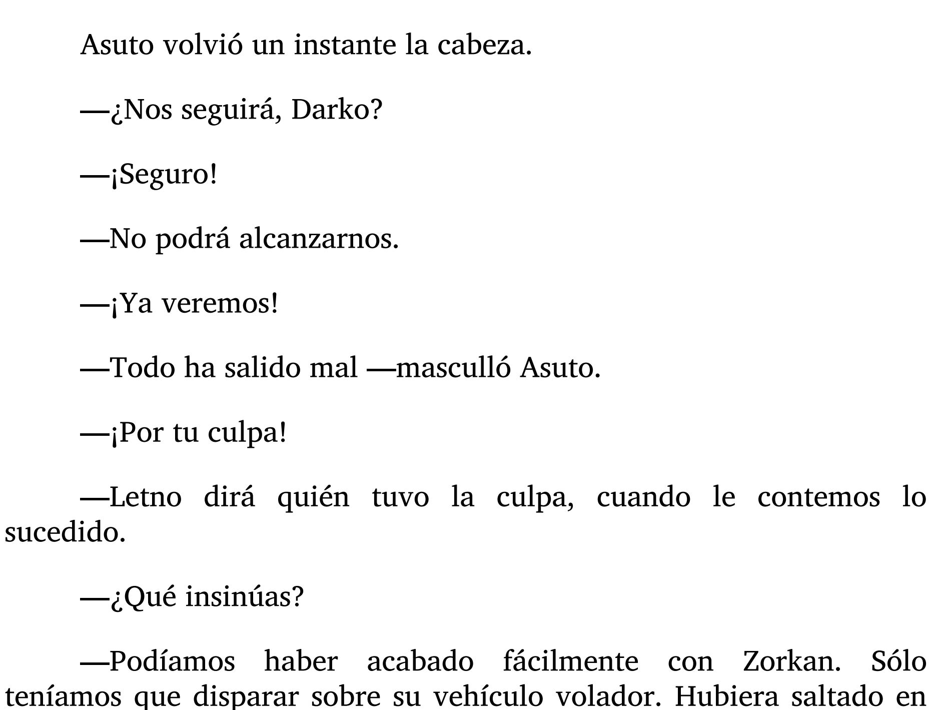
—¡Zorkan! —lo llamó Glynis, poniéndose también en pie con prontitud.

El policía de Bongo no se detuvo.

Se introdujo con toda rapidez en su vehículo volador. lo puso en funcionamiento, y se lanzó en persecución del aparato de Darko.

CAPÍTULO VII

Darko no había reducido la velocidad de su vehículo volador, porque adivinaba que Zorkan iba a lanzarse en su persecución y les convenía perderse de vista lo antes posible.



Asuto volvió un instante la cabeza.

—¿Nos seguirá, Darko?

—¡Seguro!

—No podrá alcanzarnos.

—¡Ya veremos!

—Todo ha salido mal —masculló Asuto.

—¡Por tu culpa!

—Letno dirá quién tuvo la culpa, cuando le contemos lo sucedido.

—¿Qué insinúas?

—Podíamos haber acabado fácilmente con Zorkan. Sólo teníamos que disparar sobre su vehículo volador. Hubiera saltado en pedazos y se habrían acabado nuestros problemas. Pero tú no quisiste, Darko.

—¡Glynis no tiene por qué morir, Asuto! ¡Es a Zorkan a quien debemos matar, no a la chica!

Asuto iba a replicar, cuando, de pronto, apareció el vehículo volador del enviado de Bongo, surcando el aire a gran velocidad.

—¡Es Zorkan! —exclamó, respingando.

—¿Qué?

—¡Nos persigue!

Darko se volvió un instante y descubrió también el aparato del policía.

—¡Te lo dije. Asuto! —barbotó, furioso.

—¡Acelera al máximo!

Darko forzó lo que pudo el rendimiento de su vehículo volador, pero Zorkan hizo lo propio y los fugitivos no lograron perderle de vista.

Asuto se puso muy nervioso.

—¡Acelera más, Darko!

—¡No puedo! ¡Estoy forzando el motor al máximo!

—¡Zorkan nos pisa los talones!

—¡Tomaré otra dirección!

—¿Por qué?

—¡No podemos llevar a Zorkan a nuestra guarida! ¡Descubriría dónde nos ocultamos!

—¿Y qué importa que lo descubra, si entre los cuatro acabamos con él?

—¡No nos conviene la lucha abierta, Asuto! ¡Zorkan es demasiado peligroso!

—¡Está bien, haz lo que quieras!

Darko había desviado su vehículo volador hacia el mar.

El aparato de Zorkan, poco a poco, iba reduciendo las distancias, lo que puso aún más nervioso a Asuto.

—¡Nos está dando alcance, Darko.

Este volvió un momento la cabeza y comprobó que era cierto.

El vehículo volador de Zorkan estaba cada vez más cerca.

Se encontraba ya a tiro, por lo que Darko no dudó en ordenar:

—¡Dispárale, Asuto!

—¿Ahora sí quieres que le dispare...?

—¡Va solo en el aparato, estúpido! ¡Es el momento de acabar con él!

—¡Si le alcanzo con mis disparos, lo cual no será fácil volando a esta velocidad!

—¡Inténtalo, maldita sea! —rugió Darko.

—¡Bien!

Asuto asomó su fusil y empezó a disparar contra el aparato volador del policía de Bongo.

Al verse atacado, Zorkan realizó una serie de hábiles maniobras, haciendo muy difícil que los disparos de sus enemigos pudieran dar en el blanco.

Pero el policía no se limitó a esquivar los rayos láser que le enviaba Asuto, porque el juego era demasiado peligroso. Podía resultar alcanzado por alguno de los disparos, a pesar de los continuos movimientos de su vehículo volador, y precipitarse al mar.

Zorkan prefería que fuese el aparato de Darko el que se precipitase al mar, y contra él disparó, con su poderosa pistola de rayos, mientras pilotaba su vehículo con la otra mano.

Esto último entrañaba una gran dificultad, y más aún volando a aquella velocidad de vértigo, pero Zorkan era un extraordinario piloto y no perdió el control del aparato.

Zorkan era, también, un excelente tirador.

Y lo demostró, alcanzando con sus disparos al vehículo volador de Darko. Pero no era su intención hacerlo estallar en el aire y causar la muerte de los fugitivos.

Quería atraparlos vivos, si era posible, así que apuntó al rotor de cola del aparato, antes de accionar el gatillo.

El rotor quedó destruido y el vehículo volador se descontroló totalmente, para desesperación de Darko y Asuto, que se temían lo peor.

Y con razón, porque iba a ser imposible dominar el aparato, con el rotor de cola hecho migas.

—¡Nos ha alcanzado con sus disparos! —chilló Asuto.

—¡Zorkan tiene mejor puntería que tú, estúpido! —barbotó Darko.

—¡Vamos a caer al mar!

— ¡Por tu culpa! ¡Si me hubieras hecho caso en la azotea de aquel edificio...!

—¡Si me lo hubieras hecho tú a mí, Zorkan estaría muerto! —replicó Asuto.

—¡Y Glynis también!

—¡Al diablo con Glynis!

Darko no replicó esta vez.

Estaba realizando supremos esfuerzos para conseguir, al menos, que el impacto contra el mar no fuese excesivamente violento. Lo otro, recuperar el control del aparato, no se podía lograr.

El vehículo volador seguía perdiendo altura y velocidad con rapidez, sin dejar de realizar movimientos grotescos, motivados por la destrucción del rotor de cola.

Asuto, aterrorizado, chilló:

—¡Nos vamos a estrellar...!

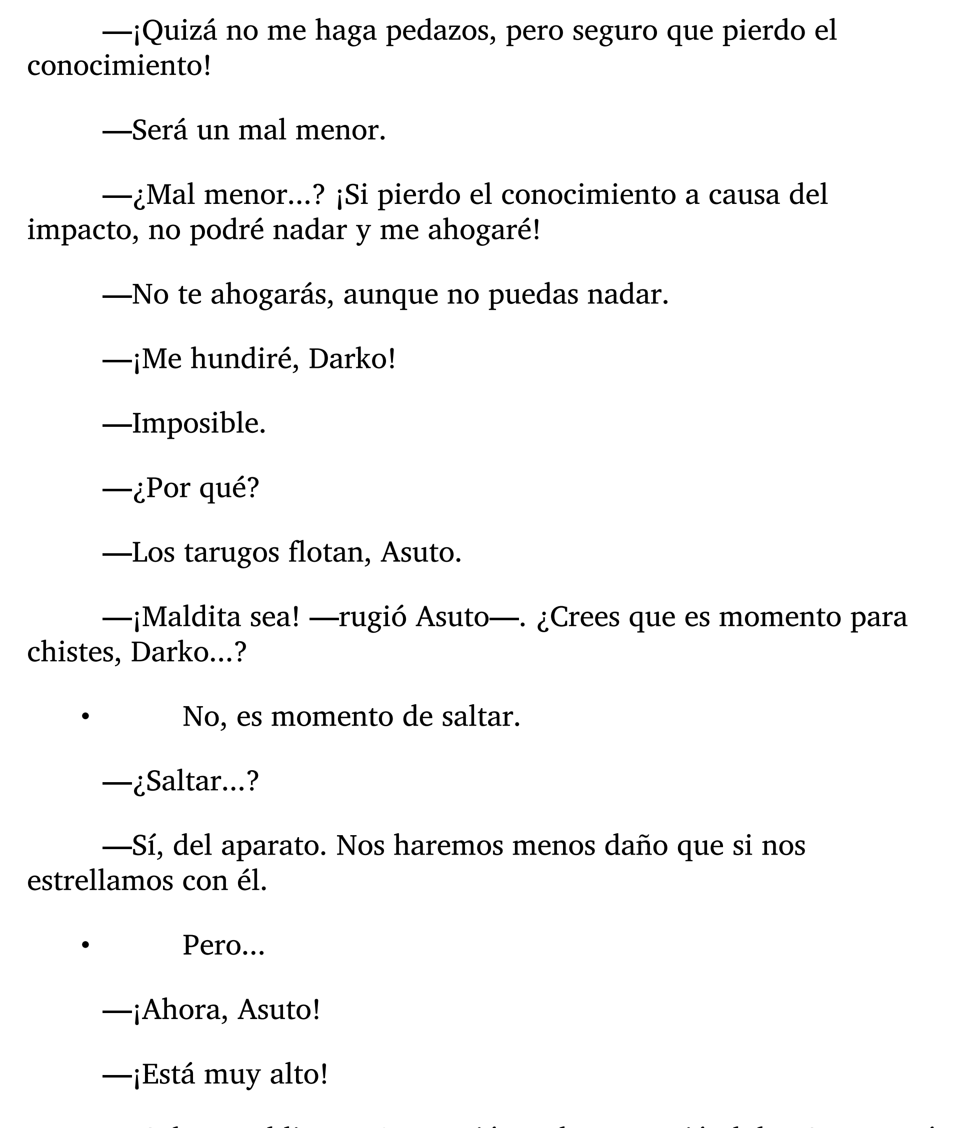
—Sabes nadar, ¿no?

—¡Claro!

—Entonces, te salvarás.

—¡Si no me hago pedazos en el choque!

—Tranquilo, que eso no ocurrirá.



—¡Quizá no me haga pedazos, pero seguro que pierdo el conocimiento!

—Será un mal menor.

—¿Mal menor...? ¡Si pierdo el conocimiento a causa del impacto, no podré nadar y me ahogaré!

—No te ahogarás, aunque no puedas nadar.

—¡Me hundiré, Darko!

—Imposible.

—¿Por qué?

—Los tarugos flotan, Asuto.

—¡Maldita sea! —rugió Asuto—. ¿Crees que es momento para chistes, Darko...?

- No, es momento de saltar.

—¿Saltar...?

—Sí, del aparato. Nos haremos menos daño que si nos estrellamos con él.

- Pero...

—¡Ahora, Asuto!

—¡Está muy alto!

—¡Salta, maldita sea! —rugió Darko, empujándolo. Asuto, más que lanzarse, cayó del vehículo volador. Darko se lanzó a continuación.

Segundos después, el aparato se estrellaba contra el mar y las aguas se lo tragaban con rapidez.

* * *

Zorkan, desde su vehículo, que había reducido considerablemente la velocidad y había descendido bastante, vio saltar a Asuto y Darko, antes de que su aparato chocara contra el mar y fuera engullido por él en sólo unos segundos.

Darko y Asuto desaparecieron también, al impactar contra las aguas, pero no tardaron en emerger y se mantuvieron en la superficie.

El policía de Bongo hizo descender aún más su vehículo, para rescatar de las aguas a la pareja de fugitivos.

—¡Viene por nosotros, Darko! —exclamó Asuto.

- Era de esperar.

—¡Nos atrapará!

- No importa. Letno y Bolko siguen en libertad. Y Zorkan no sabe dónde se encuentran.

—Querrá que se lo digamos nosotros.

—Pero no se lo diremos. Letno y Bolko son nuestra única esperanza.

—Tienes razón. Sólo ellos pueden librarnos de Zorkan. Esperemos que tengan más suerte que nosotros,

Darko y Asuto no hablaron más, porque el vehículo volador de Zorkan estaba ya sobre ellos, tan cerca del agua, que no tuvieron dificultades para trepar a él.

Naturalmente, el policía de Bongo les apuntaba con su pistola de rayos, que podía realizar varias funciones. Entre ellas, la de dejar inconsciente durante un rato.

Y eso hizo Zorkan, tan pronto como Darko y Asuto subieron a su aparato. Dispararles con su arma y dejarlos inconscientes, para que no pudieran intentar nada mientras él pilotaba el vehículo volador y los llevaba a un lugar apropiado para interrogarles.

Tenía que averiguar dónde estaban Letno y Bolko.

CAPÍTULO VIII

Darko fue el primero en volver en sí.

Cuando abrió los ojos, pudo comprobar que el vehículo volador de Zorkan se hallaba posado en un lugar solitario de la costa.

Darko, al igual que Asuto, se encontraba en la parte posterior del vehículo, con las manos fuertemente atadas a la espalda. También tenían los pies atados.

Zorkan, que había hecho girar su asiento, para quedar de cara a los fugitivos, sonrió levemente al ver que Darko recobraba el conocimiento.

- Hola, Darko.

—No esperes que te dé las gracias por habernos sacado del agua, Zorkan —gruñó el fugitivo.

- No quiero que me las des. Os rescaté porque me han ordenado llevaros vivos a Bongo, si es posible. Por eso, en vez de destruir vuestro vehículo volador, me limité a pulverizar el rotor de cola y haceros caer al mar.

—No nos llevarás a Bongo, Zorkan.

—¿Quién lo va a impedir?

—Letno y Bolko.

—Los atraparé también.

—No sabes dónde se ocultan.

—Vosotros me lo diréis, Darko.

— No lo esperes.

Justo en aquel momento, Asuto volvía también en sí.

Miró al policía de Bongo, con odio.

—Nos has cazado, ¿eh, Zorkan?

—Eso parece.

—No te servirá de nada.

—¿Tú crees?

—Letno y Bolko acabarán contigo y nos rescatarán.

—Acabar conmigo no es fácil, Asuto. Lo habéis podido comprobar.

—Estarías muerto, de no haber sido por Darko. Hubiéramos podido hacer estallar tu vehículo volador, cuando lo posaste en la azotea, pero Darko no quiso que la chica muriera también.

—¿Glynis?

—Está loco por ella.

—¡Cállate, Asuto! —ordenó Darko.

—¿Acaso no es verdad?

—¡A Zorkan no le importa lo que yo siento por Glynis!

Asuto rezongó algo, pero no replicó.

Darko guardó silencio, también.

Zorkan esbozó una sonrisa.

—Así que te debo la vida, ¿eh, Darko?

—A mí, no. Se la debes a Glynis.

—Le dolió mucho saber que eres un fugitivo. Te había tomado afecto, Darko.

—No hablemos de Glynis.

—Tienes razón. Es mejor hablar de Letno y Bolko. Decidme dónde se ocultan y os ahorraréis muchos sufrimientos.

—Tendrás que encontrarlos por tu cuenta, Zorkan —respondió Darko.

—Si puedes —añadió Asuto.

—Si no me lo decís, recurriré al casco rojo —amenazó Zorkan.

Darko y Asuto se estremecieron claramente.

Sabían lo que era el casco rojo.

- lo que pasaba cuando se lo colocaban a alguien.

A pesar de ello, Darko rezongó:

—Puedes ponernos el casco rojo, si quieres, pero no lograrás nada con ello.

— No hablaremos, Zorkan —agregó Asuto, nervioso.

—Ya veremos.

El policía de Bongo se volvió y tomó el casco rojo, que permanecía oculto tras el asiento. Lo había dejado preparado porque adivinaba que los fugitivos no hablarían por las buenas y tendría que recurrir a él durante el interrogatorio.

Al ver el casco rojo, Darko y Asuto se estremecieron de nuevo, pero no dijeron nada. Los dos, sin embargo, se preguntaban lo mismo.

¿A quién le colocaría Zorkan el casco, en primer lugar...?

El enviado de Bongo los miró a ambos, como sin decidirse por uno u otro, lo que acentuó el nerviosismo de los fugitivos.

Zorkan lo hacía deliberadamente, porque sabía que la espera forma parte del placer, en determinadas situaciones, y del sufrimiento en otras.

- aquélla pertenecía al segundo grupo.

Zorkan podía leer la angustia en los ojos de Darko y Asuto.

De pronto, preguntó:

—¿Por cuál de los dos empiezo?

Asuto no pudo sujetar por más tiempo sus nervios y ladró:

—¡Decídete de una vez, maldito!

—Por ti, Asuto —sonrió Zorkan, y le colocó el casco.

El fugitivo tembló de forma perceptible.

¡Y eso que el casco rojo aún no había empezado a funcionar!

Temblaba a causa del miedo.

Zorkan tomó un pequeño mando de control remoto y, antes de accionarlo, preguntó:

—¿Estás dispuesto a hablar, Asuto?

—¡No!

—Peor para ti.

El policía de Bongo accionó el mando y el cuerpo del fugitivo se tensó bruscamente, al tiempo que su garganta emitía un terrible alarido.

No era para menos, porque Asuto estaba recibiendo una descarga eléctrica que le recorría todo el cuerpo, causándole un dolor insufrible.

Darko tembló al ver cómo sufría su compañero.

—¡Maldito! —barbotó.

Zorkan accionó de nuevo el mando y la descarga cesó.

Asuto relajó sus músculos, entre gemidos.

El policía dejó transcurrir unos segundos y preguntó:

—¿Quieres hablar ahora, Asuto?

El fugitivo estuvo a punto de responder que sí, para librarse de aquella terrible tortura, pero recordó lo que le esperaba en Bongo, si Zorkan los atrapaba a los cuatro y los llevaba allí, y eso le dio fuerzas para resistir.

—¡No te diré nada, Zorkan!

El policía volvió a accionar el mando y el casco rojo soltó otra descarga eléctrica, que obligó a Asuto a tensarse de nuevo con brusquedad y lanzar otro grito desgarrador.

Darko apretó los dientes con fuerza.

Sentía deseos de decirle a Zorkan dónde se ocultaban Letno y Bolko, para acabar con el sufrimiento de Asuto, pero, al igual que éste, recordó que en Bongo les esperaba una condena a trabajos forzados y eso le obligó a guardar silencio.

Tras la segunda descarga, Asuto siguió negándose a hablar.

Y le resultó muy difícil, porque ya no podía más.

Prueba de ello es que se desvaneció al recibir la tercera descarga eléctrica.

Zorkan le quitó el casco rojo.

—Un tipo duro, este Asuto —comentó.

—Yo tampoco hablaré —aseguró Darko, preparado para sufrir tanto como su compañero.

El policía sonrió ligeramente.

—Tranquilízate, Darko. No voy a colocarte el casco.

—¿Por qué?

—Eres tan duro como Asuto, me consta. Te haría sufrir inútilmente, y yo no quiero eso. Lo que quiero, es atrapar también a Letno y Bolko, porque así me lo han ordenado. Y los atraparé, Darko. Aunque no me digáis dónde se ocultan. Daré con ellos igual que di con tu pista.

Darko no respondió.

Hubiera tenido que darle las gracias a Zorkan, por no haberle colocado el casco rojo, y no quería dárselas.

El policía se deshizo del casco de tortura y puso el .vehículo volador en funcionamiento, abandonando aquel solitario lugar de la costa de Florida.

—¿Adónde nos llevas, Zorkan? —preguntó Darko. —Lo sabrás cuando lleguemos —respondió el enviado de Bongo, y siguió pilotando su aparato.

* * *

Yanko, el luchador profesional, se encontraba en el gimnasio, pero no se estaba entrenando. Todavía no se había recuperado totalmente de los extraños golpes que le asestara Zorkan, con las puntas de los dedos.

De ello, precisamente, hablaba con otros dos luchadores profesionales, que también solían entrenarse en aquel gimnasio.

Bueno, más que hablar, discutía con ellos, porque se negaban a admitir lo que Yanko les contaba.

—¡Eso no es posible, Yanko!

—¡Te juro que es cierto, Burl

—¿Cómo va a poder un hombre paralizar a otro, con sólo unos golpecitos en el pecho...? —dijo el otro luchador—. ¡Y propinados con las puntas de los dedos, además!

—¡Zorkan es capaz de hacerlo, Conrad!

—¡Es ridículo!

—¡Me lo hizo a mí, ya os lo he dicho! ¡Y después me hizo lo otro!

—¡Tendríamos que verlo para creerlo, Yanko! —dijo Burl.

—¿Por qué dudáis de mi palabra?

—¡Porque es para dudar, demonios! —exclamó

Conrad—. Lo de la parálisis ya es difícil de creer, pero lo de que te cogiera el baile de San Vito en el suelo, cuando volvió a golpearte el tipo con las puntas de sus dedos, aún lo es más.

—¡Pues así pasó, maldita sea!

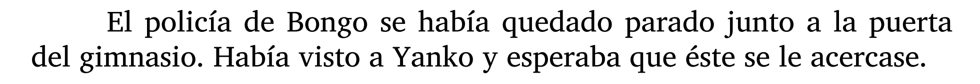
—¿Seguro que no lo soñaste, Yanko…? —preguntó Burl.

—¿O que no habías empinado el codo…? —añadió Conrad.

Yanko se disponía a replicar acaloradamente, cuando vio entrar en el gimnasio a Zorkan. Dio un respingo de alegría y exclamó:

—¡Preparaos a quedar paralizados o a bailar el baile de San Vito, muchachos, porque ha llegado Zorkan!

CAPÍTULO IX



El policía de Bongo se había quedado parado junto a la puerta del gimnasio. Había visto a Yanko y esperaba que éste se le acercase.

El luchador, en efecto, trotó hacia él.

—¡Zorkan!

El extraterrestre sonrió y le tendió la mano.

—Hola, Yanko.

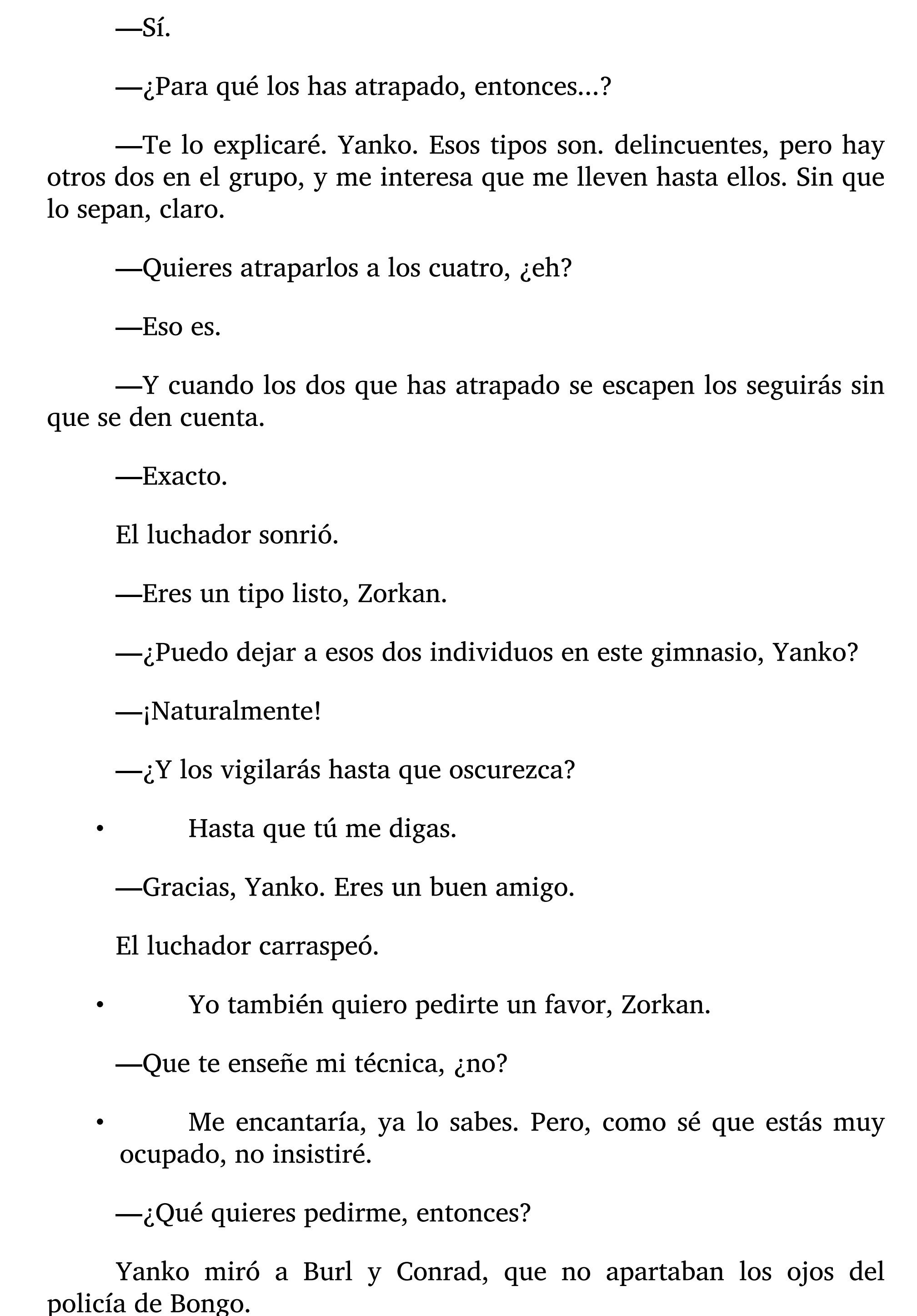
—¡Qué alegría! —exclamó el luchador, estrechándole la diestra con calor—. Porque has venido a enseñarme tu técnica, ¿verdad?

—No, he venido a pedirte un favor.

—¿Un favor?

—Verás, he atrapado a un par de tipos. Los tengo en mi vehículo volador, atados de pies y manos, y quisiera dejarlos en un sitio aparentemente seguro. Y digo aparentemente porque quiero que se escapen esta noche.

—¿Que se escapen...?



—Sí.

—¿Para qué los has atrapado, entonces...?

—Te lo explicaré. Yanko. Esos tipos son. delincuentes, pero hay otros dos en el grupo, y me interesa que me lleven hasta ellos. Sin que lo sepan, claro.

—Quieres atraparlos a los cuatro, ¿eh?

—Eso es.

—Y cuando los dos que has atrapado se escapen los seguirás sin que se den cuenta.

—Exacto.

El luchador sonrió.

—Eres un tipo listo, Zorkan.

—¿Puedo dejar a esos dos individuos en este gimnasio, Yanko?

—¡Naturalmente!

—¿Y los vigilarás hasta que oscurezca?

- Hasta que tú me digas.

—Gracias, Yanko. Eres un buen amigo.

El luchador carraspeó.

- Yo también quiero pedirte un favor, Zorkan.

—Que te enseñe mi técnica, ¿no?

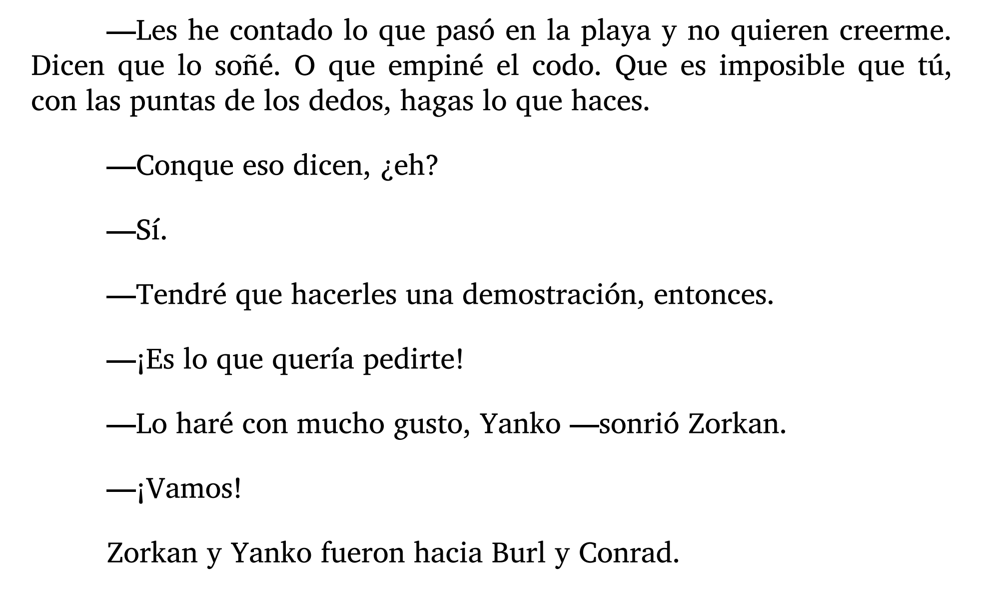
- Me encantaría, ya lo sabes. Pero, como sé que estás muy ocupado, no insistiré.

—¿Qué quieres pedirme, entonces?

Yanko miró a Burl y Conrad, que no apartaban los ojos del policía de Bongo.

—¿V es a esos dos?

—Sí.



—Les he contado lo que pasó en la playa y no quieren creerme. Dicen que lo soñé. O que empiné el codo. Que es imposible que tú, con las puntas de los dedos, hagas lo que haces.

—Conque eso dicen, ¿eh?

—Sí.

—Tendré que hacerles una demostración, entonces.

—¡Es lo que quería pedirte!

—Lo haré con mucho gusto, Yanko —sonrió Zorkan.

—¡Vamos!

Zorkan y Yanko fueron hacia Burl y Conrad.

Estos, como se hablan estado entrenando, lucían el atuendo de luchador. Es decir, un breve pantaloncito brillante, muy ajustado, y flexibles botas.

Los dos eran altos y musculosos, como Yanko, que iba vestido, porque no pensaba entrenarse.

—¡Os presento a Zorkan, muchachos!

—¿Qué tal? —saludó Burl al extraterrestre, con una irónica sonrisa en los labios.

- Me alegro de conoceros, chicos — dijo Zorkan.
- Nosotros también, porque Yanko nos ha contado cada cosa... —respondió Conrad.

—Todo era verdad —aseguró el policía—. Y os lo puedo demostrar, si queréis.

—¡Encantados! —respondió Burl.

—¡Lucha primero conmigo, Zorkan! —pidió Conrad.

—¡No, conmigo! —dijo al instante Burl.

- ¡Yo lo he dicho antes!

Como ambos luchadores se habían encarado como gallos de pelea, Zorkan se apresuró a intervenir.

—Tranquilos, muchachos. No discutáis, pelearé con los dos a la vez.

La decisión del policía de Bongo alegró a la pareja de luchadores.

Yanko, al principio, se preocupó, porque dos contra uno...

Después, sin embargo, se dijo que Zorkan podría con Burl y Conrad, gracias a su particular forma de luchar, y se mostró también risueño.

—¡Preparaos a sufrir, compañeros! —exclamó, y se hizo a un lado, para que pudiera dar comienzo la pelea

* * *

Burl y Conrad se separaron un par de metros, para atacar a Zorkan uno por cada lado y hacer más difícil su defensa.

El enviado de Bongo no se movió.

Parecía tenerle sin cuidado que los luchadores profesionales le atacasen por los flancos y a la vez. Ni siquiera levantó los brazos, para preparar su defensa,

Burl y Conrad, en efecto, le atacaron a un tiempo, seguros de atraparle. Se les notaba en las caras que estaban absolutamente convencidos de vencer al amigo de Yanko.

Este gritó:

—¡Defiéndete, Zorkan:

Y Zorkan se defendió.

¡Vaya si se defendió!

Dio un veloz salto hacia adelante, para burlar el ataque de los luchadores, y luego se revolvió como una centella, sorprendiendo a Burl y Conrad, que no tuvieron tiempo de reaccionar,

Zorkan disparó su mano derecha e incrustó las puntas de los

dedos en la región renal de Conrad. .

Este dio un grito agudo, se llevó las manos a la espalda, y se arqueó hacia atrás, tan exageradamente, que parecía que iba a caerse.

La otra mano del policía buscó a Burl.

Le golpeó en el pecho.

El luchador sintió un terrible dolor cuando las puntas de los dedos de Zorkan se clavaron en sus desarrollados músculos pectorales, pero no pudo gritar.

Ni moverse.

¡Se había quedado momentáneamente paralizado!

Como Yanko, en la playa.

Y, tal como hiciera con éste, Zorkan le puso la mano en la cara a Burl y empujó, tirándolo de espaldas.

El luchador cayó como una pared, entre las risas de Yanko, que estaba disfrutando como un enano.

Zorkan se volvió hacía Conrad, quien, recuperado del doloroso golpe que recibiera en la región renal, aunque sólo en parte, atacó de nuevo al policía.

Este utilizó nuevamente las puntas de sus dedos.

Conrad, alcanzado en importantes centros nerviosos, quedó tan paralizado como Burl.

Y tan mudo.

Tenía la boca abierta de par en par, pero no podía emitir sonido alguno.

Zorkan lo empujó suavemente con la mano, después de ponérsela en la cara, y lo hizo caer, como a Burl.

Yanko seguía mondándose de risa.

—¡Y decían que yo lo había soñado!

Burl, furioso, se incorporó en cuanto recuperó la movilidad de su

cuerpo, que sólo había permanecido unos segundos paralizado. Intentó sorprender a Zorkan, que en ese momento le daba la espalda, pero el habitante de Bongo se revolvió como el rayo y castigó de nuevo el musculoso cuerpo del luchador con los extremos de sus dedos.

Esta vez, Burl no quedó paralizado.

Todo lo contrario, ya que empezó a saltar, a bracear, a convulsionarse, a contorsionarse, sin dejar de hacer caras feas...

—¡El baile de San Vito! —exclamó Yanko, y aún rió más fuerte que antes.

Conrad recobró también la movilidad de su cuerpo y se irguió con rapidez, pero en silencio, para ver si lograba sorprender por la espalda a Zorkan y le hacia una buena presa.

Por desgracia para él, el policía de Bongo parecía tener ojos en la nuca, ya que se dio la vuelta repentinamente y le atacó con sus peligrosos dedos.

A Conrad le ocurrió lo mismo que a Burl.

Saltos, agitación de brazos, contorsiones, espasmos, caras feas...

—¡Otro que tiene el baile de San Vito! —exclamó Yanko, que tenía los ojos llorosos, de tan a gusto que se reía.

Burl cayó al suelo.

Pocos segundos después, caía también Conrad.

Los dos siguieron retorciéndose en el suelo, como dos epilépticos.

Tenían el cuerpo brillante de sudor.

Y babeaban, como dos viejos desdentados.

Algunos segundos después, las contorsiones y los espasmos cesaban, pero Burl y Conrad continuaron en el suelo, jadeantes, debilitados, rotos literalmente.

Zorkan se volvió hacia Yanko.

— No volverán a dudar de tu palabra, Yanko.

—¡Seguro! —exclamó el luchador, riendo.

—¿Me ayudas a cargar con la pareja de delincuentes?

—¡Por supuesto!

—Vamos por ellos.

CAPÍTULO X

Glynis Malleson lo estaba pasando francamente mal.

Cuando Zorkan se marchó, en su vehículo volador, para tratar de dar alcance al aparato de Darko, Glynis permaneció un rato en la azotea, por si el policía de Bongo regresaba.

Como no fue así, la muchacha se introdujo en el ascensor y bajó a su apartamento. Y allí continuaba, paseando nerviosamente, sin saber si Zorkan habría atrapado a Darko, si habría habido lucha, si habría habido algún muerto...

Glynis sospechaba que Zorkan había dado alcance al vehículo volador de Darko, ya que, de no haber sido así, hubiera regresado ya, porque habían acordado almorzar juntos allí, en el apartamento de ella.

Y hacía mucho que Zorkan se había marchado.

De ahí el nerviosismo de Glynis.

Su preocupación.

Su angustia, cada vez mayor.

De pronto, sonó el timbre del apartamento.

Glynis dio un fuerte respingo y exclamó:

—¡Zorkan!

Corrió hacia la puerta y abrió.

Efectivamente, era el policía de Bongo.

- Lamento haber tardado tanto, Glynis—dijo.

—No importa. Pasa, Zorkan.

El policía entró en el apartamento.

Glynis cerró la puerta y lo miró.

—¿Alcanzaste a Darko?

—Sí.

—¿Y lo atrapaste...?

—A él y a Asuto. Iban los dos en el vehículo volador.

—¿Los cogiste... vivos?

—Sí.

—Cuéntamelo, Zorkan.

El enviado de Bongo refirió lo sucedido.

Glynis le escuchó con mucha atención.

Después, murmuró:

—Así que fue Asuto quien te disparó...

—Sí, Darko no quería hacerlo, por temor a alcanzarte a ti.

—No es tan malo, entonces.

—Es un ladrón y un asesino, como los otros tres. Lo que pasa es que siente afecto por ti y no quiere que te ocurra nada. A mí no dudaría en liquidarme, si tuviera ocasión — aseguró Zorkan.

Glynis se mordió los labios.

—¿Crees que tu plan dará resultado, Zorkan?

—Espero que sí.

—¿Y si Darko y Asuto escapan antes de lo previsto?

- No podrán, porque estarán vigilados por Yanko. Sólo cuando éste se marche, dejándolos encerrados en el gimnasio, podrán soltarse utilizando los dientes.

Abandonarán el gimnasio, robarán un helimóvil, y correrán a reunirse con Letno y Bolko.

—¿No se darán cuenta de que les sigues?

—Llevaré apagadas las luces de mi vehículo volador y los seguiré de lejos. Así será muy difícil que me descubran.

—Tendrás que enfrentarte con los cuatro a la vez, Zorkan.

—Eso no me preocupa.

—A mí, sí.

El policía la abarcó por la cintura y la atrajo hacia sí.

—¿Empiezas a sentir afecto por mí, Glynis?

—Así es.

—¿Y qué ha sido del miedo que me tenías?

—Desapareció.

—¿Ya no te parezco peligroso?

—Sí, pero no te temo. Sé que puedes hacerme muchas cosas, pero también sé que me gustarán todas.

—¿En qué estás pensando, Glynis?

—En lo mismo que tú, Zorkan.

El policía la besó, al tiempo que la estrechaba contra su pecho.

Glynis alzó los brazos y le cercó el cuello, mientras le devolvía el beso.

La mano derecha de Zorkan buscó el cierre de la miniblusa, lo accionó, y la prenda se deslizó, dejando al descubierto los preciosos senos de la muchacha.

Glynis se estremeció dulcemente cuando el policía se los acarició.

Interrumpieron el beso y se miraron a los ojos.

—¿Seguro que estamos pensando en lo mismo, Glynis?

—Sí.

Zorkan la cogió en brazos y preguntó:

—¿Por dónde se va a la cama?

—Por allí —indicó Glynis, señalando la puerta de su habitación.

Zorkan la besó de nuevo y echó a andar, con ella en brazos.

* * *

Letno y Bolko estaban empezando a impacientarse, porque eran ya casi las seis de la tarde y Darko y Asuto no regresaban. Vigilaban los. dos los alrededores de la casa, armados con fusiles de rayos láser.

Al cinto, además, se habían colocado sendas pistolas, igualmente de rayos láser, por si los fusiles no bastaban para detener a Zorkan, caso de que éste apareciese.

El corpulento Bolko, más nervioso que Letno, rezongó:

—Darko y Asuto tardan demasiado.

—Su misión no era fácil, Bolko —recordó Letno.

—Lo sé, pero…

—Tenían que esperar la aparición de Zorkan y atacarle solamente en el caso de que tuvieran muchas posibilidades de sorprenderle.

—No se les habrá presentado la ocasión, porque, de lo contrario, ya estarían de vuelta.

—Efectivamente —asintió Letno.

—Lo que me preocupa es que lo hayan intentado y hayan fallado, porque pueden haber caído en manos de Zorkan. O haber sido liquidados por él…

Letno lo miró severamente.

—Darko no es tonto, Bolko. No intentarán acabar con Zorkan hasta que lo vean seguro. Si no han regresado todavía, es porque siguen esperando su oportunidad.

—Y nosotros esperando su regreso —rezongó Bolko.

—Procura dominar tus nervios, ¿eh?

—Tú también estás nervioso, Letno. Lo que pasa es que no se te nota tanto.

—Te equivocas, Bolko. Yo estoy tranquilo. Sé que Zorkan es un tipo muy peligroso, pero tengo la certeza de que lograremos eliminarlo.

—Así sea —suspiró Bolko.

* * *

Mientras Yanko estuvo pendiente de ellos, Darko y Asuto no pudieron intentar nada. Pero, tan pronto como el luchador profesional se marchó, siguiendo las instrucciones de Zorkan, los fugitivos empezaron a trabajar con sus ligaduras.

Asuto, recuperado de las descargas eléctricas del casco rojo, consiguió, con sus fuertes dientes, aflojar las ligaduras que sujetaban

las manos de Darko.

Este acabó de soltarse, ahora ya con facilidad, y se desató los pies.

Después, desató a su compañero.

Se encontraban encerrados en una pequeña habitación, pero no tuvieron problemas para forzar la puerta. Echaron una mirada al gimnasio, que estaba muy silencioso.

No quedaba nadie en él.

Darko y Asuto fueron hacia la salida del gimnasio.

La puerta estaba cerrada, pero la forzaron con facilidad, como la de la habitación, y abandonaron rápidamente el gimnasio.

Como les urgía reunirse con Letno y Bolko, hicieron lo que Zorkan esperaba: robar un helimóvil.

Darko se encargó de pilotarlo, tomando la dirección de la casa donde aguardaban sus compañeros.

Había oscurecido ya.

Por eso no descubrieron que un vehículo volador les seguía a distancia, con las luces apagadas.

Era el aparato de Zorkan.

Asuto, eufórico, exclamó:

—¡Qué suerte hemos tenido, Darko!

—Sí, mucha.

—¡Menudo chasco se va a llevar Zorkan, cuando vuelva por nosotros!

—No sé porque nos dejó en ese gimnasio.

—Debió parecerle un lugar seguro.

—Lo fue, mientras el tal Yanko nos vigiló, pero cometió el error de marcharse y…

—Sin duda pensó que no podríamos soltarnos, por mucho que nos esforzáramos. Zorkan nos había atado muy fuerte.

—Bien, lo importante es que logramos escapar. Y sin haberle dicho a Zorkan donde se ocultan Letno y Bolko, a pesar de que recurrió al casco rojo.

Asuto se agarró la cabeza, al tiempo que se estremecía.

—No me lo recuerdes, Darko.

Este sonrió.

—Estuviste a punto de hablar, ¿verdad?

—Sí, lo confieso.

—Yo también, para acabar con tu sufrimiento.

—Fue terrible. Pero, entre eso y volver a Bongo, elegiría de nuevo el maldito casco rojo —aseguró Asuto.

Darko rió y siguió pilotando el helimóvil robado, sin sospechar que Zorkan les seguía con su vehículo volador.

CAPÍTULO XI

Letno fue el primero en descubrir las luces del helimóvil robado por Darko y Asuto.

—¡Atención, Bolko! ¡Se aproxima un helimóvil!

—¡Sí, viene directo hacia aquí! —exclamó Bolko, respingando.

—¡Preparado para disparar!

Los dos fugitivos, perfectamente apostados, apuntaron al aparato volador con sus fusiles de rayos láser.

El helimóvil descendió y se posó suavemente frente a la casa.

Darko se asomó.

—¡Somos nosotros, Letno!

Letno y Bolko se alegraron, aunque, al propio tiempo, les extrañó que Darko y Asuto no regresaran en su vehículo volador, sino en un helimóvil.

Se dejaron ver los dos, con sus fusiles, y Letno adivinó:

—Algo les ha pasado. Bolko.

—Ellos nos lo contarán.

Darko y Asuto descendieron del helimóvil y se acercaron a sus compañeros.

—Zorkan sigue vivo, Letno —fue lo primero que dijo Darko—

—¿Qué ocurrió?

Darko se lo contó, viéndose un par de veces interrumpido por Asuto, quien no quería cargar con las culpas del fracaso, sino echárselas a su compañero.

Letno endureció las facciones.

—Le doy la razón a Asuto, Darko.

—Yo también —habló Bolko, no menos contrariado.

Asuto esbozó una sonrisa de satisfacción.

—¿Lo oyes, Darko...?

— Me tiene sin cuidado que te den la razón o te la quiten, Asuto —masculló Darko—. Insisto en que Glynis no tiene por qué morir. Es a Zorkan a quien debemos liquidar. Y hubiéramos podido eliminarle, de no haber cometido tú la torpeza de dispararle cuando caminaba con Glynis hacia el ascensor. Sólo teníamos que esperar a que subiera de nuevo a la azotea, para abandonar el edificio. Hubiéramos hecho estallar su vehículo volador, y Zorkan habría saltado en pedazos,

—¡Eso es lo que yo quería, pero tú te opusiste —replicó Asuto.

—Porque Glynis estaba con Zorkan, lo repito una vez más. Y no quiero que ella muera.

—Nosotros somos más importantes que esa chica, Darko —dijo Letno.

—¡Mucho más! —exclamó Bolko.

Mientras los fugitivos discutían, Zorkan había posado su vehículo volador a una cierta distancia de la casa, había descendido de él, y caminaba ya silenciosamente, con la pistola de rayos empuñada.

Logró aproximarse lo suficiente a la casa, sin ser descubierto por

los cuatro evadidos. Como ya los tenía a tiro, les apuntó con su arma y ordenó:

—¡Quietos todos! ¡Arrojad las armas o disparo!

* * *

Los fugitivos sintieron sendos escalofríos.

—¡Es Zorkan! —exclamó Darko.

—¡Nos ha seguido! —adivinó Asuto.

—¡Adentro, estúpidos! —rugió Letno, al tiempo que disparaba contra el policía de Bongo.

Bolko hizo funcionar también su fusil de rayos láser, mientras Darko y Asuto entraban en la casa a toda prisa, porque ellos no llevaban armas.

Zorkan, bien apostado, no resultó alcanzado por los disparos de Letno y Bolko. Pero él también disparó, y como tenía una magnífica puntería, alcanzó a uno de los fugitivos.

A Bolko, concretamente, que había retrocedido con menor rapidez que Letno.

El fugitivo dio un chillido estremecedor y se derrumbó, con el pecho destrozado.

Bolko no regresaría a Bongo.

Se quedaría para siempre en la Tierra, porque había muerto.

Zorkan confiaba en que la muerte de Bolko impresionara a los otros tres fugitivos y optaran por entregarse, para salvar el pellejo.

—¡Rendíos! ¡Si no lo hacéis, moriréis también! —gritó, desde su posición.

—¡Jamás! —respondió Letno, que se había metido ya en la casa, y disparó de nuevo contra el policía.

Zorkan le devolvió los disparos, pero Letno se ocultó con rapidez y no resultó alcanzado.

Darko y Asuto habían empuñado sendos fusiles, y también ellos dispararon sobre el policía, desde las ventanas.

Zorkan cambió de posición, con mucha rapidez, y respondió al fuego de los fugitivos.

Darko y Asuto no tuvieron más remedio que esconderse, para no resultar alcanzados.

¡Tiene una puntería. endemoniada! —barbotó el primero.

—¡Ha matado a Bolko! —ladró Asuto, visiblemente asustado.

—¡Lo pagará! —rugió Letno, haciendo ademán de asomarse de nuevo.

—¡No seas loco, Letno! —gritó Darko—. ¡Te matará, como a Bolko!

—¡Tenemos que acabar con él, Darko!

—¡Sí, pero no es el momento! ¡La ventaja está de su parte!

—¿Qué sugieres?

—¡Huir!

—¡No nos dejará!

—¡Si uno de nosotros le entretiene, los otros dos podrán salir de la casa por la parte de atrás!

Letno lo meditó unos segundos.

Después, rezongó:

— De acuerdo, Darko.

—¿Quién entretiene a Zorkan? —preguntó Asuto.

—Tú mismo.

—¡Que lo entretenga Darko! ¡El tiene la culpa de que Zorkan siga vivo y nos tenga acorralados!

Letno lo miró duramente.

—He dicho que lo entretendrás tú, Asuto.

—No me importa quedarme, Letno —dijo Darko—. Huid tú y Asuto.

—No, te necesito conmigo, Darko. Se quedará Asuto. Y si Zorkan lo atrapa, ya lo rescataremos. Se me acaba de ocurrir un plan para cazar a ese maldito policía, pero es necesario escapar de esta casa para poder llevarlo a cabo.

—¿Qué plan es ése, Letno? —preguntó Darko.

—Te lo explicaré por el camino. Si Zorkan nos deja, claro.

Asuto, que no quería quedarse, sugirió:

—¿Por qué no lo echamos a suertes?

—Te ha tocado a ti, Asuto —respondió Letno.

—¡No es justo!

—¡Deja ya de lamentarte, estúpido! ¡Debemos hacer lo que sea mejor para los tres! ¡Y lo mejor es que Darko venga conmigo!

Asuto no estaba de acuerdo, pero se calló.

Era peligroso llevarle la contraria a Letno, y él lo sabía.

Letno dijo:

—Disparemos los tres a la vez, para que Zorkan sepa que seguimos aquí, y luego saldremos por la parte de atrás, Darko.

—Bien.

—¡Ahora!

Letno, Darko y Asuto asomaron sus fusiles y efectuaron algunos disparos, sin molestarse en apuntar.

Zorkan disparó también, obligándolos a retirarse.

—¡Estáis atrapados! ¡No tenéis escapatoria! ¡Entregaos y salvaréis la vida!

—¡No queremos volver a Bongo, Zorkan! —respondió Letno.

—¡No tenéis alternativa!

—¡Te equivocas! ¡Lucharemos y te venceremos, Zorkan! ¡No nos asusta tu fama!

—¡Moriréis todos si continuáis la lucha, estúpidos!

—Sigue hablando tú con él, Asuto —indicó Letno—. Darko y yo nos largamos. Vamos, Darko.

Letno corrió hacia la puerta posterior de la casa, encogido, y Darko le siguió.

Asuto apretó los dientes.

Sentía deseos de correr tras ellos, pero no se atrevió.

Letno se lo hubiera hecho pagar muy caro,

Resignado ya a su suerte, Asuto ladró:

—¡No lograrás hacernos salir de aquí, Zorkan! ¡Y cómo te atrevas a entrar, no vivirás para contarlo! ¡Somos tres y no podrás con todos!

—¡He podido con más, y vosotros lo sabéis!

—¡Esta vez no será así!

Zorkan, convencido de que los fugitivos no se entregarían, decidió entrar por ellos. Era más arriesgado que esperarlos fuera, bien apostado, pero como los tipos no querían salir, no tenía más remedio que penetrar él en la casa.

Abandonó su posición, sigilosamente, y se aproximó a la casa.

Se pegó a ella, junto a una de las ventanas.

No oyó nada.

Zorkan inspiró profundamente y después saltó por la ventana como un felino.

Asuto lo vio aparecer y le disparó, pero falló, porque el policía de Bongo rodaba por el suelo como una pelota.

Zorkan, sin quedarse quieto, disparó sobre el fugitivo y le alcanzó en el pecho, como a Bolko.

Asuto emitió un grito infrahumano y se desplomó.

Tampoco él regresaría a Bongo.

Estaba tan muerto como Bolko.

Zorkan, extrañado de no ver a Darko y Letno, se incorporó y fue rápidamente hacia la parte posterior de la Casa, intuyendo que habían escapado por allí.

CAPÍTULO XII

Letno y Darko se habían alejado ya varios cientos de metros de la casa. Y seguían corriendo.

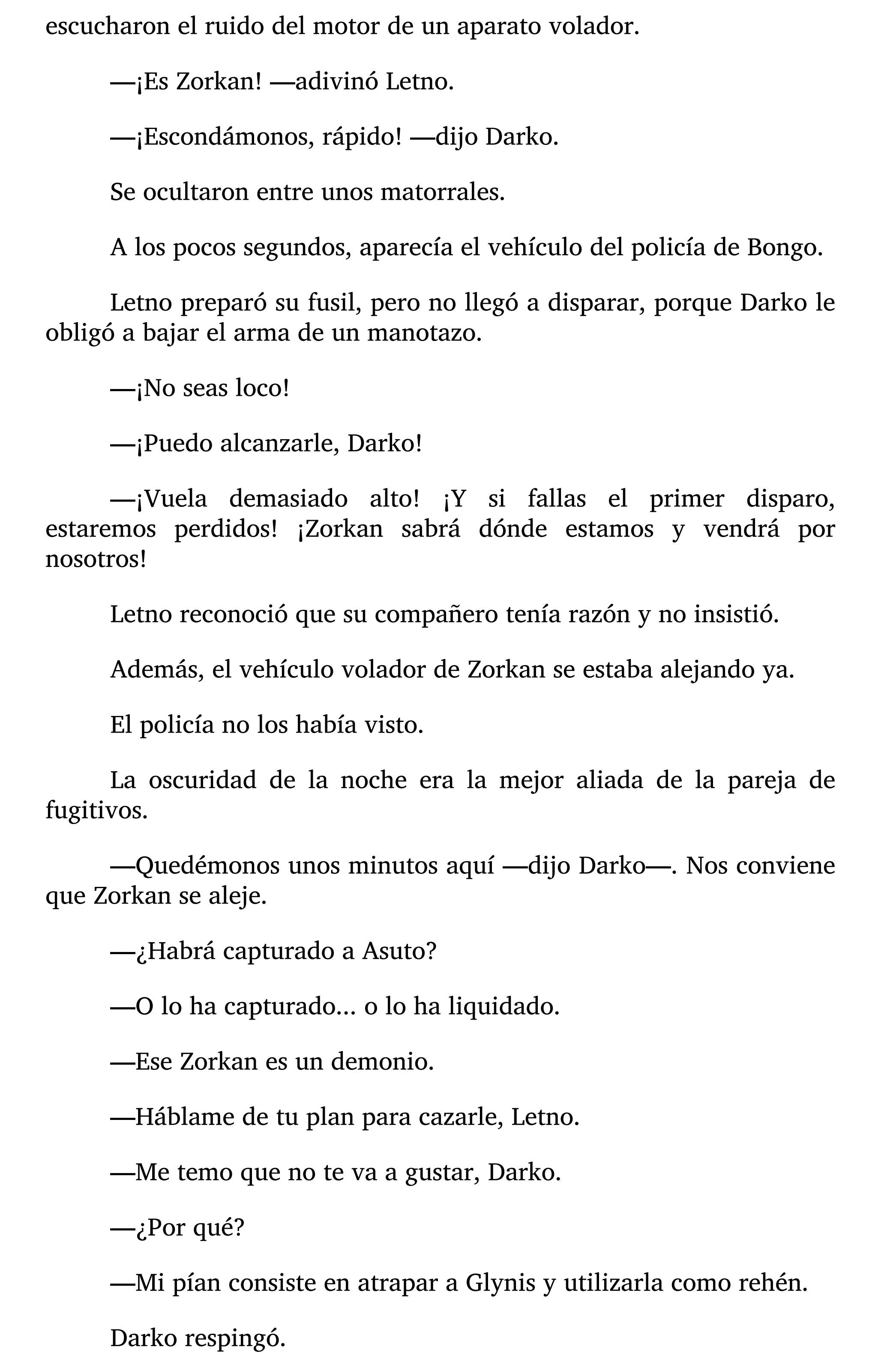
No podían detenerse, tenían que distanciarse lo suficiente como para que Zorkan no pudiera alcanzarles, aunque se lanzara en su persecución.

De vez en cuando, volvían la cabeza.

—¡Lo hemos conseguido, Darko! —exclamó Letno.

— ¡Todavía no! ¡Tenemos que alejarnos más!

Se habrían distanciado otros doscientos metros, cuando


escucharon el ruido del motor de un aparato volador.

—¡Es Zorkan! —adivinó Letno.

—¡Escondámonos, rápido! —dijo Darko.

Se ocultaron entre unos matorrales.

A los pocos segundos, aparecía el vehículo del policía de Bongo.

Letno preparó su fusil, pero no llegó a disparar, porque Darko le obligó a bajar el arma de un manotazo.

—¡No seas loco!

—¡Puedo alcanzarle, Darko!

—¡Vuela demasiado alto! ¡Y si fallas el primer disparo, estaremos perdidos! ¡Zorkan sabrá dónde estamos y vendrá por nosotros!

Letno reconoció que su compañero tenía razón y no insistió.

Además, el vehículo volador de Zorkan se estaba alejando ya.

El policía no los había visto.

La oscuridad de la noche era la mejor aliada de la pareja de fugitivos.

—Quedémonos unos minutos aquí —dijo Darko—. Nos conviene que Zorkan se aleje.

—¿Habrá capturado a Asuto?

—O lo ha capturado... o lo ha liquidado.

—Ese Zorkan es un demonio.

—Háblame de tu plan para cazarle, Letno.

—Me temo que no te va a gustar, Darko.

—¿Por qué?

—Mi pían consiste en atrapar a Glynis y utilizarla como rehén.

Darko respingó.

—¿Atrapar a Glynis...?

—Teniéndola en nuestro poder, Zorkan no se atreverá a intentar nada. Le amenazaremos con matarla si no se entrega. Y se entregará, porque no querrá que Glynis muera. Ha hecho amistad con ella y...

—Olvídalo, Letno—le interrumpió Darko.

—¿Qué?

- No vamos a utilizar a Glynis.
- No pienso hacerle ningún daño a la chica, Darko. Lo de matarla, si Zorkan no se entrega, es sólo una amenaza. No tengo intención de cumplirla, te lo aseguro.

—Es igual. No quiero mezclar a Glynis en nuestro asunto. Ella no tiene nada que ver.

—La necesitamos para librarnos definitivamente de Zorkan, Darko.

- Nos libraremos de él, pero por nuestra cuenta.

Letno pareció conformarse.

- De acuerdo, queda descartado mi plan —suspiró—, Pero era bueno, Darko. Y habría dado resultado.

Darko guardó silencio unos segundos.

Como no se oía el ruido del motor del vehículo volador del enviado de Bongo, se irguió y dijo:

- Podemos seguir, Letno.

—Sí, continuemos.

Darko echó a andar.

Letno, en vez de seguirle, le apuntó con su fusil y le disparó.

El rayo láser destrozó la espalda de Darko, que cayó de bruces, muerto.

Letno esbozó una fría sonrisa.

- Lo siento, Darko, pero quiero seguir adelante con mi plan.

Atraparé a Glynis y la utilizaré para acabar con ese condenado policía. Y tú ya no podrás impedírmelo.

* * *

Letno caminaba en dirección a una casa que, aunque distante de la que ellos habían utilizado para ocultarse, era la más próxima.

En ella vivía un matrimonio joven.

Y tenían un helimóvil.

Era lo que Letno necesitaba.

Minutos antes, Zorkan había pasado de nuevo con su vehículo volador.

Seguía buscando a Letno y Darko.

Letno supo ocultarse a tiempo y el policía no le descubrió. Tampoco podría descubrir a Darko, porque Letno había ocultado su cadáver entre los matorrales.

Cuando el aparato volador de Zorkan desapareció, el fugitivo reanudó la marcha. Y ya casi estaba llegando a la casa ocupada por el matrimonio joven.

Cuando la divisó, vio el helimóvil posado frente a ella.

Letno sonrió.

Con él podría trasladarse a la ciudad y, una vez en ella, estaría seguro, porque Zorkan seguiría buscándole por los alrededores de la casa que les sirviera de escondite.

Letno avanzó con cautela hacia la casa.

No podía subir al helimóvil y largarse, porque su dueño avisaría inmediatamente a la policía de Miami y podía tener problemas. Tenía que asegurarse de que ni el marido ni la mujer pudiesen denunciar el robo de su helimóvil.

* * *

El marido se llamaba Errol.

La mujer, Jill.

No se habían acostado, todavía, aunque pensaban hacerlo dentro de unos minutos. Errol se había puesto ya el pijama y Jill iba en bata, corta y brillante.

Estaban los dos sentados en el sofá del salón, tomando la última copa del día. Errol tenía la mano izquierda posada sobre las bonitas piernas de su mujer, de muslos largos y esbeltos, que él acariciaba una y otra vez, con suavidad.

Ella le miraba y sonreía.

—Sospecho que esta noche vamos a hacer el amor, Errol.

—Tus sospechas son ciertas, cariño.

—Te conozco bien y sé cuándo tienes ganas de tenerme en tus brazos.

—No es difícil de adivinar, porque de eso tengo ganas siempre. Y es natural, teniendo una esposa tan guapa y tan apetecible,

Jill, que tenía el cabello rubio y los ojos azulados, rió.

—Eres un maldito adulador, Errol.

—No, soy solamente un marido sincero. Y te lo voy a demostrar en cuanto entremos en el dormitorio.

Justo en aquel momento, apareció Letno en la puerta del salón, empuñando su fusil de rayos láser. Se había colado en la casa por una ventana, silenciosamente, y había escuchado las últimas palabras intercambiadas por el joven matrimonio, por lo que dijo:

—Menos demostraciones, amigo.

Errol brincó del sofá.

—¿Quién diablos es usted...?

—Me llamo Letno. Y voy a llevarme su helimóvil.

—¿Qué...?

— Lo necesito, amigo.

—¡No permitiré que se lo lleve!

—No podrá impedirlo, porque estará muerto —sonrió fríamente Letno, y accionó el disparador del fusil.

El rayo láser brotó instantáneamente y alcanzó en el pecho al infortunado Errol, que se vino abajo en el acto, dando un grito espantoso.

Jill también gritó, pero de horror.

—¡Errol...!

Su marido tenía los ojos abiertos, pero no le respondió, porque era ya cadáver. El rayo láser le había destrozado el pecho.

Jill saltó del sofá, para arrodillarse junto al cuerpo de Errol. pero Letno ordenó:

—¡No te muevas, rubia!

Jill se quedó quieta.

Bueno, relativamente quieta, porque todo su cuerpo temblaba.

Había palidecido intensamente, además.

Letno dio unos pasos hacia ella, apuntándola con su fusil.

—¿Quieres seguir con vida, preciosa?

—Sí —respondió Jill, con un hilo de voz.

—Tendrás que hacer lo que yo te diga.

—Lo haré.

—¿Cómo te llamas?

—Jill.

—Quítate la bata, Jill.

La mujer adivinó que Letno quería verla desnuda y se despojó de la corta bata brillante sin rechistar. Bajo ella, sólo llevaba un minúsculo pantaloncito.

Letno la minó con sucio deseo e indicó:

—Fuera eso, también.

Jill se despojó del pantaloncito, aun sabiendo que Letno tenía intención de violarla.

—Échate en el sofá —dijo el fugitivo.

La mujer obedeció.

No quería morir

Por eso se sometía a los deseos de Letno.

Lo que ella no sabía, es que el fugitivo la mataría igualmente, cuando se hubiese divertido con su joven y hermoso cuerpo.

CAPÍTULO XIII

Jill sollozaba silenciosamente.

Había sido terrible para ella ser poseída por un desconocido, con el cadáver de Errol a sólo un par de metros.

Letno se estaba colocando el cinto, con una burlona sonrisa en los labios.

—Has estado un poco fría, nena, pero lo he pasado bien.

Jill no respondió.

Seguía en el sofá, con las piernas encogidas y los brazos cruzados sobre el pecho. No quería mirar el cadáver de su marido, pero lo hacía de vez en cuando y se estremecía de horror.

Se sentía avergonzada por haberse entregado sumisamente al hombre que había asesinado a su esposo, pero ella quería vivir y ése era el precio que habla tenido que pagar.

Letno acabó de abrocharse el cinto y tomó su fusil.

—Lo siento, preciosa, pero ha llegado el momento de la despedida —dijo, apuntándola con el arma.

Jill tuvo un estremecimiento mucho más profundo que los anteriores.

—¿Qué hace...? —preguntó, con trémula voz.

—Tengo que matarte, Jill.

—¡Dijo usted que me dejaría con vida si yo accedía a...!

—Sé lo que dije y por qué lo dije.

—¡Para que yo me sometiera dócilmente a sus sucios deseos!

—Exacto.

—¡Es usted un...!

—Adiós, Jill —la interrumpió Letno, y disparó.

El rayo láser destrozó el desnudo pecho de la mujer, arrancándole un grito espeluznante. Después, la desgraciada quedó inmóvil sobre el sofá, tan muerta como su marido.

Letno salió rápidamente de la casa, se introdujo en el helimóvil, y lo puso en movimiento.

—Voy por ti, Glynis —murmuró, con una siniestra sonrisa.

* * *

Glynis Malleson lo estaba pasando aún peor que la otra vez.

Temía que el plan de Zorkan fracasara, que no pudiera con los cuatro fugitivos, que alguno de ellos le matara...

- es que Zorkan, ahora, significaba mucho para ella.

Había sido suya.

- la había hecho gozar intensamente.

No quería que muriera.

Si tenía que morir alguien, que fuesen los fugitivos, pero no Zorkan.

Glynis se había enamorado de él.

Le quería.

Como Zorkan le habla prometido que se reuniría con ella, cuando todo hubiese acabado, Glynis no se había acostado. Paseaba por su apartamento, fumando un cigarrillo tras otro, nerviosa como una fiera enjaulada.

También se había servido un par de copas.

Se disponía a prepararse la tercera, cuando sonó el timbre del apartamento. Y casi se le cae la botella de licor de las manos, del respingo que dio.

—¡Zorkan! —gritó, y corrió a abrir.

Iba en bata.

Larga, pero muy delgada.

Y no muy bien cerrada.

Glynis pensaba darle un fuerte abrazo al policía de Bongo, y un beso tremendo, pero se quedó con las ganas, porque no era Zorkan quien había llamado, sino Letno.

La sorpresa dejó paralizada a la muchacha.

Letno le colocó el extremo del fusil de rayos laser en el pecho, sobre la carne, y empujó.

— Retrocede, pelirroja —dijo, con una sonrisa que erizaba el vello.

Glynis obedeció, visiblemente asustada.

No conocía a Letno, pero, por su aspecto, adivinó en seguida que se trataba de uno de los fugitivos de Bongo.

Letno entró en el apartamento y cerró la puerta, sin retirar el extremo del fusil del pecho de la joven.

—Creías que era Zorkan, ¿eh, Glynis?

La muchacha no respondió.

• Puede que venga, pero más tarde —añadió Letno—. Nos está buscando a mí y a Darko. Pero no nos encontrará, porque yo estoy aquí, y Darko está muerto.

—¿Muerto...? —se estremeció Glynis.

—Sí, y Bolko también. Y probablemente Asuto.

—¿Los mató Zorkan...?

—A Darko, no. Lo maté yo.

—¿Por qué?

Letno se lo explicó.

Al oír que Darko había muerto por no querer utilizarla a ella para cazar a Zorkan, Glynis dijo:

—Darko era mucho mejor que ustedes, Letno.

• Darko era un estúpido —masculló el fugitivo—. Se encaprichó de ti y ya no pensaba en nosotros. Ni siquiera en sí mismo. Debo reconocer, sin embargo, que tenía motivos para encapricharse de ti... —añadió, abriendo un poco más la bata con el extremo del fusil, hasta descubrir los turgentes senos de la muchacha.

Glynis no hizo nada.

¿Qué podía hacer, hallándose encañonada por un fusil de rayos láser?

Después de contemplarle los pechos, Letno le abrió la bata por abajo, también con la junta del fusil, para mirarle las piernas.

Glynis siguió quieta.

Letno sonrió y dijo:

—Estás sensacional, Glynis. Cuando acabe con Zorkan. me divertiré un poco contigo. Y si te muestras complaciente, vivirás para contarlo.

Letno llevaba ya un buen rato en el apartamento de Glynis Malleson, cuando sonó el timbre.

Glynis respingó en el sofá.

Letno le había ordenado que se sentara allí y se quedara quieta. El se había sentado en un sillón y no dejaba de apuntarla con su fusil, mientras se deleitaba contemplándola.

El fugitivo, al oír el timbre, se puso en pie en seguida y dijo:

—Ahí llega Zorkan.

Glynis, terriblemente nerviosa, suplicó:

—No le mate, Letno.

—Tengo que hacerlo, preciosa. Si no acabo con él, será Zorkan quien acabe conmigo. Y si no me mata, me apresará y me llevará a Bongo. Y ya sabes lo que me espera allí.

Glynis no insistió.

—En pie, vamos —ordenó Letno, agarrándola de un brazo.

La muchacha se levantó del sofá.

Letno la empujó hacia la puerta, sin soltarla, porque quería que le sirviera de escudo. De esta manera, Zorkan no se atrevería a disparar sobre él.

Ya junto a la puerta, Letno indicó:

—Abre, Glynis.

La joven, muy pálida, abrió la puerta con mano temblorosa.

Era Zorkan, efectivamente.

El policía se quedó de piedra al ver a Letno, sujetando a Glynis y apuntándole con un fusil de rayos láser.

—Adelante, Zorkan —dijo el fugitivo, con irónica sonrisa—. Te estábamos esperando.

Glynis retrocedió, arrastrada por Letno, y Zorkan entró en el apartamento.

—Cierra la puerta, ¿quieres? —indicó el fugitivo.

El enviado de Bongo obedeció.

—¿Liquidaste a Asuto, Zorkan? —preguntó Letno.

—Sí.

—Entonces, sólo quedo yo.

Zorkan entornó los ojos.

—¿Y Darko...?

—A ése me lo cargué yo, por estúpido.

—No comprendo.

Letno se lo explicó en pocas palabras.

El policía apretó los maxilares.

—Tú eres el peor de los cuatro, Letno.

—Por eso voy a salvarme, Zorkan —respondió el fugitivo, sonriendo burlonamente.

—No cantes victoria, todavía.

—Puedo cantarla, porque voy a matarte. Y después me divertiré con Glynis. La he visto ya desnuda y está tremenda.

Zorkan apretó los puños con rabia.

—¡Eres un...!

El policía no pudo completar la frase.

Y no porque Letno hubiese disparado sobre él, sino porque Glynis, de forma repentina, le había soltado un zarpazo al fusil que empuñaba el fugitivo y le había obligado a bajarlo.

—¡Maldita! —rugió Letno, derribándola de un empellón, y se apresuró a disparar sobre el policía,

Zorkan, que había desenfundado su pistola de rayos con una celeridad asombrosa, disparó antes que Letno y le destrozó la cabeza.

El fugitivo se desplomó como un pesado fardo, sin emitir grito alguno, porque no le había dado tiempo, y quedó tendido en el suelo, sin vida.

Tampoco él regresaría a Bongo.

Como sus tres compañeros. Letno reposaría para siempre en la Tierra.

Y por méritos propios.

EPÍLOGO

Al ver la cara de Letno, totalmente destrozada por el poderoso rayo, Glynis dio un chillido de horror y volvió rápidamente la cabeza.

Zorkan enfundó su arma y se apresuró a levantar a la muchacha del suelo, apartándola del cuerpo sin vida de Letno. Después, la abrazó y la besó.

—Gracias, Glynis. Me salvaste la vida con tu acción.

—Y tú a mí con la tuya, porque estoy segura de que Letno me hubiese matado, después de divertirse conmigo.

—Es muy posible,

—Menos mal que todo acabó ya. Aunque, por otro lado, siento que tu misión haya terminado.

—¿Por qué?

—Ya no tienes nada que hacer en la Tierra y regresarás a Bongo.

—Mañana mismo.

—¿Lo ves? —murmuró Glynis, a punto de llorar.

—Puedes venir conmigo, si quieres —sugirió Zorkan.

—¿Qué?

—Viajar a Bongo, en mi nave.

—¿Viajar yo a tu planeta...?

—¿No te gustaría?

—¡Me encantaría!

El policía la besó de nuevo y confesó:

—Te quiero. Glynis. Y deseo hacerte mi esposa. No te arrepentirás de vivir en Bongo, porque es un planeta hermoso y cálido.

- ¡Seguro que no me arrepentiré, porque yo también te quiero, Zorkan! ¡Ya no podría vivir sin ti!

Volvieron a besarse con pasión.

Después, Glynis sonrió con malicia y dijo:

—Tendremos un problema, Zorkan.

—¿Cuál?

- Todos me mirarán en Bongo.

—¿Por qué?

—Seré la única pelirroja del planeta.

—¡Es verdad! —rió el policía.

Glynis rió también.

Poco después, se estaban besando de nuevo, con más pasión aún

que antes.

F I N